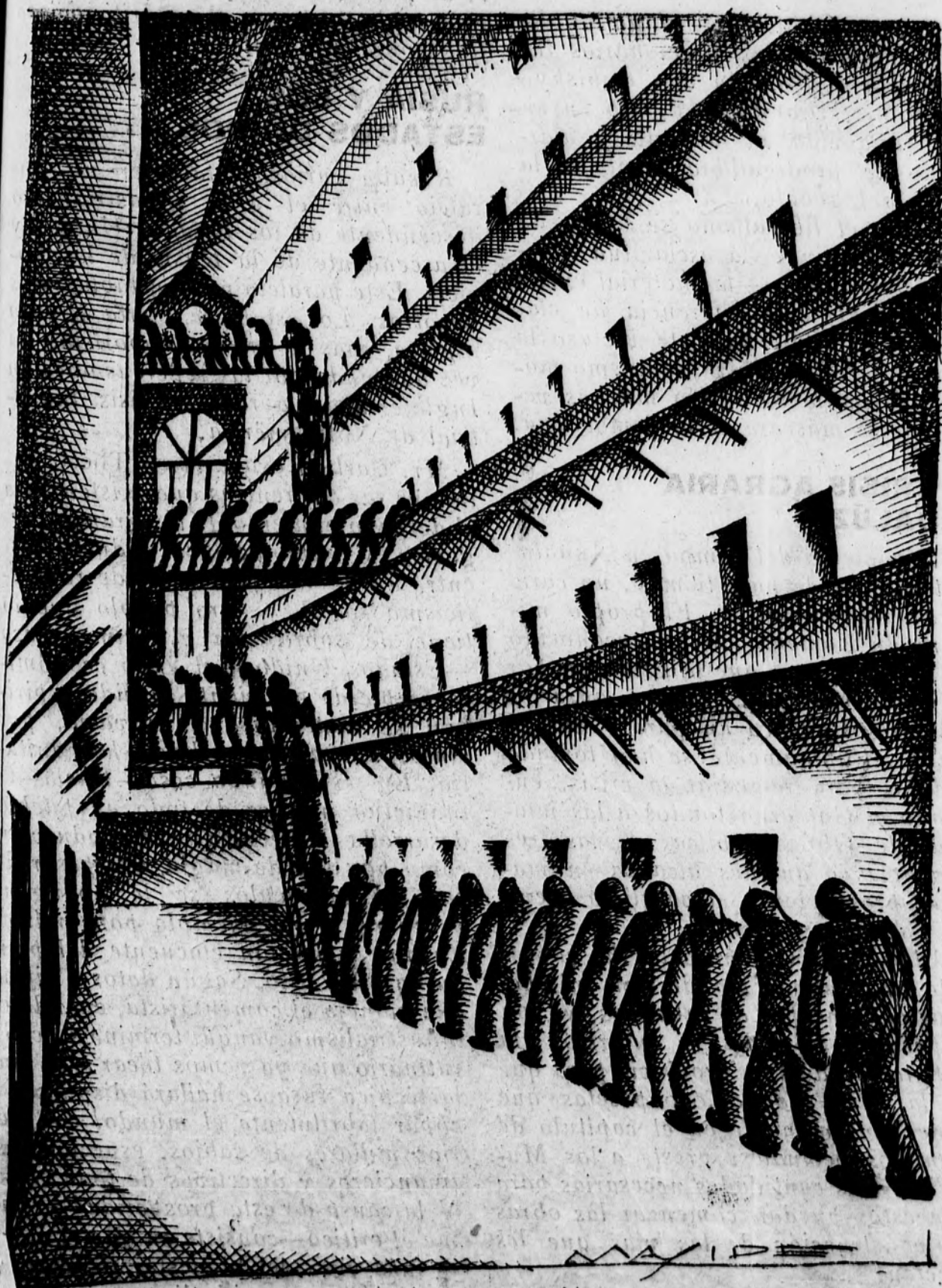


NUEVA ESPAÑA



SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL



LA CARCEL, por Masido.

LA DIPUTACION Y UNOS FRAILES

El negocio de la venta del Manicomio de Ciempozuelos, les ha salido mal a los Hermanos Hospitalarios. En este caso como en otros muchos, han quedado patentes las ventajas de la publicidad y de la libre discusión.

Pero el proyecto que acariciaba la susodicha Orden religiosa pone también al descubierto el desembarazo con que se mueven en la esfera del mercantilismo los elementos clericales.

Los religiosos de Ciempozuelos preparaban una bonita especulación. Vender en once millones de pesetas una cosa que recientemente ofrecían a cuatro los propios religiosos, porque, aun tasada muy por alto, no vale ni tres millones, es operación que merece la pena. Y más si el probable comprador lo va a ser el Estado o uno de sus organismos. Pero lo más interesante de todo este asunto es el proceder cauto y subterráneo con que los frailes de Ciempozuelos intentaban conseguir la compra del Manicomio por la Diputación Provincial. Querían que dicha compra se aprobase por sorpresa. Que el acuerdo se tomase sin apenas debate, ni luz pública.

Felizmente han fracasado las gestiones de la Orden Hospitalaria. Y los once millones y pico de pesetas no han salido de las arcas de la Diputación. Pero el propósito era muy significativo y conviene no olvidarlo para cuando elementos semejantes traten de realizar análogos negocios.

EDITORIALES

IMPERIALISMO
Y LIBERALISMO

Las ejecuciones de la India obligan a los liberales de todo el mundo a someter a revisión sus ideas acerca de la libertad política de los individuos y de los pueblos. En efecto, el ejemplo de la liberal Inglaterra, con los movimientos emancipadores de sus colonias, nos hace pensar que también el imperialismo puede ocultar sus designios bajo la apariencia de instituciones democráticas.

La concepción inglesa de la democracia está desnaturalizada por un rígido concepto nacionalista, que supone a Inglaterra superior a las demás naciones del mundo y aun al hombre inglés adornado con atributos superiores al resto de las razas humanas. Sólo así se comprende que quienes se titulan liberales y progresivos utilicen los medios más violentos para obligar a la obediencia a pueblos adultos, con el derecho inalienable de regirse por sí mismos. El nacionalismo inglés es tan reprochable como el de Mussolini, puesto que ambos llevan implícito un sometimiento a los fines particulares del propio país, sin responder a los postulados de la solidaridad humana.

La doctrina liberal no puede ser ya, en el panorama político de nuestro tiempo, una teoría al servicio de los grupos extáticos de una nación, ni un sistema limitado por las exigencias del individuo. El liberalismo es el punto de partida para llegar a una total transformación de las relaciones entre los pueblos, acabando con los conflictos que originan las divergencias de clase y las diferencias entre naciones. La Humanidad aspira a mejorarse espiritualmente, estableciendo la fraternidad entre los hombres y estimulando a los organismos sociales a una función colaboradora que están muy lejos de facilitarles las supervidencias feudales de los regímenes de tradición.

La política colonial es la piedra de toque de cualquier pueblo por lo que se refiere a su obra de tutela y de paz. La India tiene hombres preparados para dirigir sus destinos, y posee una espiritualidad y un fervor extraordinarios. Además, el pueblo indio vive en condiciones económicas miserables porque la explotación de la riqueza por los sindicatos ingleses les obliga a ceder sus productos y trabajar con jornales bajos. Un publicista dice: «La India está dispuesta a sacrificarse. Diariamente aumentan los voluntarios. La Asociación de Tejedores organiza voluntarios, entrenándolos para la lucha. Las mujeres indostánicas, están decididas a impedir la depauperación de las generaciones futu-

NUEVA
ESPAÑA

SEMANARIO POLITICO Y SOCIAL

DIRECTORES:

ANTONIO ESPINA
JOAQUIN ARDERIUS
JOSE DIAZ FERNANDEZ

Redacción y Administración:

39, TUDESCOS 41

MADRID

Teléfono número 12501

Apartado de Correos 555

Dirección telegráfica: MORATEDI

SUSCRIPCIÓN:

Semestre..... 6 pesetas:

Año..... 12 —

NÚMERO SUELTO: 25 CÉNTIMOS

ras, que se debilitan por falta de alimento, mientras los funcionarios ingleses se emborrachan con «whisky» diariamente, tirando el dinero en su costosísima vida en la India y alardeando de prodigalidad frente a la miseria del pueblo.»

Cuando el liberalismo se ufana de haber dado fin a la esclavitud jurídica del individuo—la material existe mientras exista la diferencia de clase—, en la India subsiste incluso la esclavitud física. El imperialismo moderno disimula su rostro muchas veces bajo la máscara de la democracia.

LA CRISIS AGRARIA +
ANDALUZA

El problema del campo en Andalucía toma, desde hace tiempo, un cariz marcadamente social. El propio ministro de Fomento lo ha reconocido así, al manifestar que la situación por que atraviesan los obreros agrarios andaluces significa un paro o huelga forzosa. Rápidamente se han tomado medidas para remediar la crisis, enviando el Gobierno fondos a las jefaturas de Obras públicas de las tres provincias a quienes alcanza en mayores proporciones el conflicto: Sevilla, Córdoba y Jaén.

Además, el Gobierno las ha concedido una subvención de cien mil pesetas en concepto de subsidios, y, con respecto a Córdoba, se autorizó a la Diputación de esta provincia para que de la suma de 900.000 pesetas que tiene de remanente en el capítulo de Caminos vecinales, preste a los Municipios las cantidades necesarias para que éstos puedan comenzar las obras de construcción de las vías que les afecten.

Con tales auxilios, parvos e inexcusables, el conflicto podrá encalmarse

momentáneamente. Pero queda en pie, amenazador y terrible, en sus formas esenciales. El problema de fondo no se resuelve con ir aplicando créditos y socorros en los momentos agudos de la crisis. Se resuelve yendo con toda sinceridad y energía a plantearle en sus verdaderos términos. Y éstos no son otros que los de una explotación tradicional del obrero del campo por los grandes terratenientes, un reparto absurdo y desproporcionado hasta lo inaudito de la propiedad, un latifundismo que lesiona por igual a la capacidad productora del país y al campesino, y un régimen de trabajo que en nada se diferencia del que sufrían en muy lejanos tiempos los siervos de la gleba.

La crisis agraria de Andalucía requiere, en suma, una total legislación socialista y moderna, que abarque, en conjunto y en detalle, en lo entrañado y en lo superficial, el problema entero, y que tenga como objetivo preferente el de proteger al obrero que produce, en vez de amparar al señorito ocioso que cobra sus rentas.

RUSIA Y LOS
ESTADOS UNIDOS

Resulta curioso establecer un paralelo entre el gran industrialismo descendente de los Estados Unidos y el ascendente de la Rusia de los Soviets. Este paralelo no lo establecemos nosotros. Lo establece cierta Prensa inglesa, más o menos laborista, tal vez alarmada por las repercusiones en Inglaterra de la rápida crisis industrial de Norteamérica.

Mr. Carlton examina en The Communist las diferencias que existen para el desenvolvimiento de los grandes negocios y explotaciones industriales entre un pueblo que carece de romanticismo social y otro pueblo que lo tiene de sobra. En el primer caso—Estados Unidos—el éxito económico se pierde en cuanto la vida espiritual se materializa y se vacía, por tanto, de sentimentalidad humanitaria. En el segundo caso—Rusia—la inquietud interior de todo un pueblo desarrolla la técnica y la producción como por arte de magia, y a pesar de cuantos obstáculos se le opongan, prospera. Como ejemplo pone mister Carlton la lección elocuente del plan quinquenal ruso. Según datos y cifras que maneja el comentarista, cuando el industrialismo yanqui termine su ciclo rutinario que ya vemos tocar a su fin, la técnica rusa se hallará dispuesta a copar fabrilmente el mundo, con varios millares de sabios, especialistas, financieros y directivos de toda clase. Y la causa de esta prosperidad—resúme el crítico—consiste en que el agente más vivo del bienestar material lo será siempre un idealismo ardiente y redentor.

OBREERISMO

Los presupuestos del Estado y el impuesto sobre los salarios

por ISIDORO ACEVEDO

Tengo a la vista un amplio extracto de la nota facilitada por el ministro de Hacienda relativa al decreto prorrogando los Presupuestos generales del Estado durante el primer semestre de 1931. Aturden las cifras de gastos, unas fijas, otras calculadas, que hemos de cubrir por medio de contribuciones directas e indirectas, que, como es sabido, recaerán íntegras sobre los que trabajan, ya que el trabajo es la fuente de todo valor. Entresaquemos, al azar, algunas de esas cifras: Casa Real, 9.250.000 pesetas; Deuda Pública, 890.985.279; Clases Pasivas, 145.281.800; Cargas eclesiásticas, 66.984.509; Ejército, 459.328.694; Marina militar, 180.360.882; Acción en Marruecos, 210.638.798... No sigamos. En total, *tres mil seiscientos noventa millones y medio de pesetas*. Esta es la cantidad que hay que cubrir

en la forma expuesta, aparte lo que rindan los monopolios y servicios del Estado, las rentas y ventas y los recursos del Tesoro. Habrá un superávit, según los cálculos del ministro, de 30 millones de pesetas.

La organización gráfica de Madrid, que cuando la implantación del impuesto que reduce el salario de los trabajadores no estuvo a la altura de otras épocas de más fina sensibilidad de clase y más vigor combativo, emprendió, al renovar su dirección con otros hombres, una intensa campaña contra dicho impuesto.

Apartamos la vista de las cuartillas para posarla otra vez sobre la nota presupuestaria. ¡Cuánto nos dicen estos guarismos de largas ringleras, cuánto nos dicen que nosotros no podemos comentar! Nos dan la sensa-

ción de puñales que manos invisibles esgrimen contra los trabajadores. Al detenernos en una ringlera, la que forman los guarismos de las «Clases Pasivas», no podemos contener una risa sarcástica que comienza en el corazón, sube por nuestra garganta y al salir de la boca la contrae en una mueca horrible. ¡Qué paradoja!

Absurdo, ilegal, arbitrario, injusto... Todo lo que se diga del impuesto que grava la miseria de los trabajadores es poco. Los compañeros que desde la vanguardia de las artes gráficas lo han combatido en mítines y conferencias han examinado, entre alaridos de dolor y profundas observaciones críticas, las trágicas facetas que ofrece. A mí me ha dado una dentellada en la carne y otra en el espíritu, y la inmolación prevista todavía me hace sangrar.

DEL MUNDO DE LAS SOMBRAS

EL FANTASMA CAMBÓ

por ANTONIO DE OBREGÓN

De plancha en plancha, don Francisco va y viene, torna, pasa, vuelve a pasar y torna a marcharse. ¿Dónde fijará sus tentáculos de oro? ¿Y cuándo?

Todos tenemos ganas de ver a don Francisco en funciones, porque tenemos ganas de que suceden, cuanto antes mejor, los acontecimientos que de continuo nos amenazan. Sí; aunque el salto al Poder de don Francisco no suponga ningún cambio de decoración, que venga enhorabuena. Lo que queremos es eso, que todos los que vayan a venir, vengan en seguida y que fracasen pronto y que se vayan pronto, también, voluntariamente o por la fuerza. Y que nos dejen en paz. Que pasen todos al tablado a hacer cabriolas que a nadie interesan ya. Más reirá el que ría el último.

Dicen por ahí—y creo que es una hipótesis bastante difundida—que Cambó tiene talento y que posee una aguda inteligencia. Vamos a suponer que así fuese; y a imaginar un símil. Si don Francisco, en vez de tener la cómoda profesión de capitalista y de hombre de negocios, hubiera cursado sus estudios en la Escuela de Arquitectura, y si fuese tan gran arquitecto como economista, y se le hundiera una casa, y se demostrase que el hundi-

miento era debido a la mala calidad de los materiales, ¿se le ocurriría levantarla de nuevo con ellos mismos y utilizando su podredumbre? No podemos creerlo; porque, aunque fuese todavía peor arquitecto que estadista, lo primero que haría sería empezar de nuevo la construcción de la casa con otros materiales nuevos y flamantes o, simplemente, llamar en su ayuda a otro arquitecto y darle los poderes...

Pues esto, tan sencillo de ver en arquitectura, no lo ven en política. Claro está que la arquitectura es un arte visible, y aquí la política ha sido

siempre invisible y se ha escamoteado siempre a los ojos de los capacitados, que no han tenido menester de cansarse mucho la vista para saber sus lacras, porque éstas han salido a flote elegantemente.

Si un habitante de Marte baja a nosotros y le decimos esto, se le quitarán, para siempre, las ganas de comunicarse con nosotros. Y digo un habitante de Marte y no de Europa, porque Europa está llena de arquitectos al modo de este nuestro... En Italia, por ejemplo, triunfan sus congéneres, y don Francisco no crean ustedes que sería nada exótico. Acaso Mussolini necesite un buen contable...

Eso, sí: don Francisco no se arredra por ningún fantasma vano. Como él es el primero, nadie le puede asustar. Maquina, viaja, y, de vez en cuando, hace sus maletas y se viene a la corte, a la trágica corte de Madrid. Entonces dice que su visita obedece a motivos familiares o clínicos, se niega a hacer manifestaciones a los periodistas, cena con dos o tres ministros de ahora, conferencia con cinco o seis de entonces y siete u ocho de luego, y desaparece sin dejar tras sí más rastro que el de los rumores, que a veces se constituyen en verdadera nebulosa.

ROGAMOS

a nuestros suscriptores se sirvan remitir a esta Administración el importe de su suscripción, por giro postal o en sellos de Correos, y que tomen nota que, de no haber recibido su remesa, pondremos en circulación, a fin del presente mes, una letra por el importe de la anualidad.

Los capitalistas españoles, que durante unas horas se dispusieron a huir, con la prolongación del coxis entre las piernas—y no dirán que no somos finos los de las Revistas de izquierda—, rezan a diario a su deidad: San Francisco Cambó, patrón de sus horas difíciles. Le han colocado en efígie en cada casa, entronizándole en ellas, con su varita mágica de prestidigitador de empréstitos y bancarrota, con su barba y con su cara de comendador habitual.

Porque, pese a todos estos auges espirituales de origen divino—porque los católicos españoles, que no han dudado nunca del origen divino del poder, tampoco creo que duden del origen divino de Cambó—, fuerza es confesar que su papel ha bajado notablemente. Una de las cosas que más

PASTILLAS KLAM

CURAN LA TOS

POR CRÓNICA Y FUERTE QUE SEA
¡PROBADLAS!

La primera caja convence.

Sólo cuesta tres reales.

Venta en farmacias y droguerías.

ha contribuido a ello es la publicación de sus notas. Causaba risa la oportunidad. Nos hablaba don Francisco de la tranquilidad del país, y a la hora en que se componían, el país entero se conmovía en una conmoción que sacudió hasta sus mismas barbas, como quien dice. Después... ¡ah!, después don Francisco ha disertado sobre los partidos políticos, con no sabemos cuál éxito.

¿Qué prepara don Francisco? Se ha dicho que tan pronto se opera la garganta como lanza una nota a la Prensa, o unos artículos. ¿Con qué objeto? Lo cierto es que los pretextos no se le agotan, porque un día es el hígado y otro será el diafragma, y tiene tantos pretextos como vísceras...

Don Francisco ha vuelto a Madrid. Ha pasado—como de costumbre—un día encerrado en su hotel. Ha cenado con ilustres personalidades de la política y de la Banca, y ha dicho varias frases a los periodistas, acompañado del coro general de rumores.

Si esta vez Cambó vuelve a irse como ha venido, que conste mi protesta, con ella la de mis amigos. ¡Que nos devuelvan el dinero...! Y en ese caso, que nadie se ocupe más de él, y que los periodistas le castiguen no preguntándole nunca nada...

El fantasma Cambó va y viene, torna, pasa, vuelve a pasar; se pasea incesantemente por el camposanto de España. ¿Dónde fijará sus tentáculos de oro? ¿Y cuándo?

¿Por qué subsiste la Junta Reguladora de la Industria del Cemento?

La política económica de la pasada Dictadura fué desastrosa en todos los órdenes y en todas sus manifestaciones, causando perjuicios sin cuento a la economía general del país en beneficio de unos cuantos paniaguados. Uno de los exponentes en la veracidad de nuestro aserto, encuéntrase en la creación del Comité General Regulador de Industrias, que imposibilitaba la creación de nuevas fábricas con maquinarias y sistemas de producción modernos, con lo que se hubiera beneficiado el consumidor, para proteger las instalaciones en marcha, ampliamente representadas en el Comité.

Uno de los primeros actos del actual Gobierno fué suprimir el Comité Regulador de Industrias, y más tarde, el Ministerio de Economía modificó los Comités especiales del algodón, papel, hilados y tejidos, declarando libres estas industrias. Únicamente queda en pie, actualmente, la Junta Reguladora e Inspector de la Industria del Cemento.

El cometido real de esta Junta Reguladora es claro: impedir el establecimiento de nuevas industrias que puedan provocar la competencia en los precios. Hoy no pueden instalarse nuevas fábricas de cemento artificial; sólo pueden actuar a sus anchas las grandes industrias.

Cuando se creó la Junta Regulado-

ra e Inspector de la Industria del Cemento en el Ministerio de Fomento, pudo crearse en cualquier centro oficial, pero no en el Ministerio, cuyo titular poseía una fábrica de cemento.

El actual Gobierno tiene el deber de abolir la tantas veces citada Junta Reguladora, y de declarar la industria libre. Abonan esta petición no sólo el postulado de la libertad indus-

LEA USTED

“NUEVA ESPAÑA”

trial y de la libre concurrencia, sino el hecho de que algunas fábricas de cementos naturales tendrán que cerrar muy en breve, quedando sin trabajo centenares de obreros, por no poder subsistir en el actual régimen regulador e inspector.

Como no creemos que haya razones especiales para que subsista el régimen actual de cementos ni creemos que sea tan poderosa la presión que ejerzan los interesados en que subsistan, esperamos del Gobierno devolver la libertad industrial a esta importante rama de la economía nacional.

(De La Tierra.)



El señorito (a la criada)—No te concedo el permiso porque hay mucho que trabajar en la casa.

Goya y el Arte francés

por FRANCOIS FOSCA

I

En 1824, después del drama, medio trágico y medio burlesco, que revolucionó España bajo Fernando y José, Goya decide marchar de Madrid durante algún tiempo. Tenía setenta y ocho años y estaba, además de sordo, casi ciego. Apenas llegado a Burdeos, parte, quedando dos meses en París. Vuelve, después, a instalarse en Burdeos, donde vivió entre algunos compatriotas exilados; trabaja sin cesar, pinta, se ensaya en la litografía. Después de una breve estancia en Madrid, retorna a Burdeos, donde muere el 16 de abril de 1828.

Tales son los hechos, desembarazados de detalles y de lo pintoresco. De las relaciones de Goya con los artistas franceses contemporáneos, sabemos que durante el tiempo que residió en París, visitó a Horacio Vernet, cuyo padre había conocido, en otros tiempos, en Roma. Dado el arte seco y superficial de Horacio Vernet, la visita apenas debió interesar a Goya. Sería curioso conocer lo que pensaba de las obras de los jóvenes artistas de entonces, de «Las matanzas de Scio» y de «El Tasso en prisión», de Delacroix; del «Naufragio de la Medusa», de Gericault, que acababa de morir. Según Pierre Paris («Goya», París, Plon, 1928): «Viendo en Burdeos grabados de «La barca del Dante» y de «Las matanzas de Scio», Goya dícese se sintió deslumbrado, fascinado, y, cayendo de rodillas, la mirada fija sobre una de las copias, gritó, fuera de sí: «He ahí la desesperación del grabado». P. Paris sospecha, con razón, la autenticidad de la anécdota. En todo caso, falta de precisión. ¿Se trataba de copias de las dos telas o de grabados que las reproducían? Se cuenta, igualmente, que Goya fué a a ver a David, examinó las obras que éste le mostraba e hizo este breve comentario: «Líneas, pero no cuerpos». Es preciso retener esta frase: más adelante se verá por qué.

* * *

La repercusión que el arte de Goya suscitó entre los artistas y escritores franceses del siglo XIX, no fué muy numerosa. De una parte, existían pocos de Goya en Francia, y apenas se le conocía por sus aguafuertes. Después, la reputación de las obras maestras del arte antiguo y del Renacimiento arrastraba los artistas hacia Italia más bien que hacia España,

tanto que, entonces, un viaje a este último país pasaba por una experiencia aventurada y plena de sorpresas.

El primer artista que hay que nombrar es Delacroix, que había podido encontrar a Goya durante la estancia de éste en París en 1824. Si ello se hubiera realizado, el joven pintor hubiera sido capaz de hablar de su obra a su antecesor, pues él no le ignoraba y le admiraba. Uno de los testigos del bautismo de Delacroix, viejo amigo del padre, era Fernando Guillemardet, diputado de la Convención, miembro del Consejo de los Quinientos, embajador de Francia en Madrid en 1798. Este Guillemardet es el hombre del que Goya nos ha dejado el magnífico retrato que está ahora en el Louvre. Es cierto que Delacroix conoció este lienzo, ya que el hijo de Guillemardet era uno de sus íntimos amigos.

Hablando de este cuadro, un escritor ha loado el penacho y la banda tricolor del modelo, y ha dicho: «Nunca un pintor francés ha acordado tan bien los tres colores nacionales.» Me parece que olvidaba la espléndida bandera tricolor que Delacroix hizo flotar en «La libertad sobre las barricadas». Y, tal vez, cuando el pintor armonizaba los tonos, ha recordado el retrato antaño admirado por él. Pero Delacroix conocía, igualmente, los grabados de Goya. El Louvre y algunos coleccionistas parisienses poseían hojas de croquis que el joven artista ejecutó copiando «Los Caprichos», y en los que se esforzó por trazar las «Manolas» y sus admiradores. Abramos ahora el diario, donde Delacroix consigna tantas reflexiones preciosas sobre su arte y sobre sí mismo. En la fecha de marzo de 1824 encontramos esta nota: «Ensayado la litografía. Soberbios proyectos a este respecto. Cargas en el género de Goya.» Y, un poco más lejos: «Las gentes de estos tiempos: de Miguel Angel y de Goya.»

La coincidencia es bastante conmovedora. En el momento en que Delacroix escribía estas líneas, no sabía probablemente de Goya sino algunas anécdotas transmitidas por Guillemardet. No creía que el artista que tanto admiraba estaría algunos meses más tarde en París, y que iba también a hacer litografías, a ejecutar las sorprendentes «Corridos de Burdeos».

Algunos años después, al retorno de su viaje a Marruecos, Delacroix para algún tiempo en el Sur de España, en Cádiz, Sevilla, donde no dejó de ver las dos «Santas» de Goya que están en la Catedral. Una de sus

cartas contiene la expresión del entusiasmo en que le inundó la revelación de lo pintoresco de España: «Todo Goya, escribe, palpita alrededor de mí.» A pesar de todo, sería peligroso exagerar la influencia directa de Goya sobre Delacroix, y escribir, como lo ha hecho Paul Lefort, que «Velázquez, el Greco y Goya han marcado potentemente su influencia en el período de los trabajos que siguen al viaje por Marruecos.» Delacroix, no lo ovidemos, no estuvo más que diez días en España, lo que, después de todo, es bastante poco.

En 1845, la enfermedad de la garganta de que sufría el pintor, y que debía terminar con él, le obliga a hacer una cura en los Pirineos, en «Eaux-Bonnes». Sabemos, por una de sus cartas, que aprovecha su paso por Burdeos para ponerse a la busca de un impresor, en casa del cual esperaba encontrar las litografías de Goya. Además, en la venta que tuvo lugar después de la muerte del maestro, figuraban dos pruebas de las «Corridos de toros en 1825», así como del retrato de Gaulon, de «La estocada» y de la «Danza española». Tal vez eran el fruto de sus rebuscas en Burdeos.

He ahí los hechos tal como los documentos nos los proporcionan. Prueban el interés que Delacroix no cesó de sentir por Goya. ¿Podemos nosotros, examinando ahora esos testimonios que son las obras del artista, y los comentarios de sus contemporáneos, extraer más? A mi parecer, sí; y concluiremos pensando que existe una afinidad cierta entre el artista francés y el artista español. No es que yo quiera desconocer todo lo que les separa. Pese a sus temas, Delacroix, ese pseudo-romántico, está nutrido del arte del Renacimiento y de la antigüedad. Además, resta siempre lúcido, dueño de su sensibilidad: no se es impunemente el compatriota de Poussin y de Racine. Que se trate de la sensualidad de la carne o de la rebusca del carácter, Delacroix reflexiona, juzga, elimina, transfigura. No pierde nunca su sangre fría, en tanto que, a menudo, nosotros sentimos que Goya se abandona sin control a la pasión que lo posee. A medida que Delacroix adquiere un conocimiento más profundo de su arte, a medida que se fortifica y depura su gusto, tiende cada vez más al gran arte clásico, a esa serenidad que significa que el hombre, habiendo luchado, se somete y acepta. Así, Delacroix arriba a esas obras maestras que son la capilla de los Santos Ángeles y la cúpula del Senado, obras de una dignidad y nobleza incomparables. Aquí iguala, no dudemos en afirmarlo, a Miguel Angel y Rafael.

(Continuad.)

UN REPORTAJE SOBRE LAS VIVIENDAS DE BERLIN

por BERNARD VON BRENTANO

III

Encontré un hombre que conocía el barrio obrero, y fuimos juntos hacia Neukölln. La primera habitación que vi era mala. Un solo cuarto. Y ni un gramo de agua. Daba al patio. Desde nace once años lo habitan una anciana y su hijo, un electro-técnico. Los muebles eran una cama, una mesa, un sofá, un armario y dos sillas. Una bicicleta junto a la ventana; cuadros en la pared. La mujer sacó de un cajón una cartera llena de papeles para enseñarnoslos. Hace años que está en lucha con la Administración para conseguir otra vivienda. Y aunque no tiene ni agua, ni retrete, a la Administración le parece que hay casas todavía peores.

Vamos hacia Lichtenberg. Hacía mucho frío, y se caminaba como a ciegas. En todos los sitios había tenderetes, donde se vendían baratos regalos de Navidad. Atados a una cuerda, colgaban de las ventanas los árboles de Navidad. No había balcones. Las casas se hicieron más pequeñas. Desde no hace mucho tiempo, no se puede edificar en Lichtenberg más que casas de tres pisos. Las calles, mal asfaltadas. Las casas tenían aspecto de mendigos. En la calle P. N.º II escalamos una pequeña y dura escalera. A cada cuatro peldaños, se ladeaba para ir a una habitación. Un hombre nos miraba con curiosidad desde la puerta, y aunque no le conocíamos, nos dejó pasar en seguida y nos enseñó todos los rincones de sus dos cuartos. Eran tan pequeños y tan bajos, que yo no me podía mantener derecho. Las ventanas estaban cerradas, pero el viento entraba frío como una pequeña serpiente. Tres vivían aquí: padre, madre e hija. Era mucho para lo poco que se veía, pero al hombre le amargaban todavía peores cuidados. Debido a un desagradable descuido de la Administración, había una equivocación en la tarjeta, en que se le invitaba para el «convite de Navidad». Ayer tuvo lugar, y no permitieron la entrada al matrimonio. El hombre era ya viejo y como epiléptico; tenía un 30 por 100 de incapacidad para el trabajo. La cosa le excitó sensiblemente. Con una hermosa cabeza gris, estaba en la pequeña habitación fuera de sí, como un niño: había llegado la Navidad y había pasado de lado. En su mano temblaba el pequeño formulario, que se había llenado equivocadamente. Pero estaba lleno y no podía comprender el que no tuviera ningún valor.

En el entresuelo de esta casa, una costurera. Había apañado las habitaciones preciosamente. Primero la cocina, luego la habitación, clara y bien amueblada, con blancas y limpias cortinas. Pero el viento frío atravesaba la vieja ventana, y le comía su dinero, que se le iba en calentar la estufa: «Quince pedazos por día, a 30 céntimos el leño—decía—, ¿cómo lo voy a resistir?» Debió de haber sido bonita, pero en su juventud habría sobrellevado algo terrible. El brillo de sus ojos se había apagado completamente. En el patio estaba la fuente, cubierta abundantemente con paja. Pensé estar en Rusia. Al ir a marcharnos nos dijo la costurera que arriba, debajo del tejado, también vive gente. La Policía sanitaria había hecho evacuar un cobertizo que había en el patio, y las gentes se trasladaron arriba.

Subimos y llamamos. Nos abrieron después de una espera. Una muchacha de unos quince años dijo que la madre había salido. Estaba descalza, arropada en un abrigo. Una habitación estaba vacía. No había ningún mueble. En la otra, que hacía de cuarto de dormir, estaba la ventana abier-

LEA USTED

“NUEVA ESPAÑA”

ta, porque la estufa humeaba como una locomotora. Además, este monstruo era pequeño como un hornillo de muñecas. Desde el tragaluz había una buena vista. Mientras se trabajaba, podía verse por encima de la estrecha calle el patio cercano, y, algo alejados, los contornos de las poderosas fábricas, envueltos en humo.

Esta habitación costaba 10 marcos al mes; las demás de la casa, 15 y 18.

Nos dirigimos hacia Friedrichshagen. Vuelve a ser la ciudad interior. Las calles están atascadas de gente; cerca está la *Zentralvichhof*, y por medio del barrio corre la gran arteria de Berlín, la Frankfurter Allee. La mujer cuya habitación queríamos visitar, la encontramos en la escalera cuando se dirigía a sacudir alfombras. Volvió con nosotros hacia arriba. Estaba ufana de su hermosa vivienda, un cuarto y una cocina, y con el retrete en casa y no en el pasillo. En el cuarto hay tres camas. Ahí duermen todos: marido, mujer, hijo e hija, todos trabajadores, y todavía tienen un huésped que duerme en el sofá. Los muebles son fuertes; todo muy limpio. Había

también un estante lleno de libros, y aquí, como en todas partes, los retratos de Lenin, Liebknecht, Bebel. Cuesta 42 marcos al mes. Es una típica y vieja habitación de trabajadores.

En la calle Stralauer (centro), subimos otra vez una sombría escalera de caracol, apropiadísima para conducir a un calabozo. De fecha más vieja que la anterior, se componía únicamente de un cuarto y cocina, sin pasillos ni accesorio. Por la alegría de la inesperada visita acudió el marido desde el patio para ayudar a su mujer en el relato. En una mesa cercana estaban sentadas dos mujercitas, viejas como una piedra y sordomudas, que se comunicaban por señas sus asombradas impresiones sobre nosotros. La habitación estaba limpia como un escaparate. Cuesta 32,70 marcos el alquiler.

Cuando la mujer mentó el alquiler, empezó a llorar. El marido es demasiado viejo para seguir trabajando. Ahora recibe un poquito más de 30 marcos de renta al mes. Para eso ha estado coleccionando durante veinticuatro años sus marcos (de su bien ganado dinero). La mujer va hacer la limpieza a las casas. De eso viven los dos. Sobre la cama hay periódicos, y con la misma rapidez con que vinieron las lágrimas, duras lágrimas de una anciana, vuelven a desaparecer en cuanto se pone a hablar de los periódicos y de la política. Lleva como un niño una iluminada imagen de Rusia en su corazón. Un gran retrato de Bebel cuelga de la pared, y ahora es el hombre el que llora al contemplarlo y mostrármelo a mí. Tiene sesenta años y nunca ha sido castigado. Hace veintiséis años que vive en el mismo distrito policíaco. Nunca ha tenido nada que ver con ellos.

Nunca le hubiese podido explicar que ello me importaba un bledo, porque sus ojos hablaban más claramente que cualquier infame policíaco. Pero él estaba orgulloso de su hoja.

Solamente el año 1919 le habían detenido. En las cercanías luchaban los espartakistas. Había llegado la orden de Noskes, que cualquiera que fuera encontrado con las armas en la mano fuera fusilado. Muchos trabajadores escaparon escaleras arriba, hacia su casa. Sabía a lo que se exponía, cuando abrió. Detrás de los fugitivos llegan las tropas. Entonces intervino la vieja sordomuda. Cogió las armas de los hombres y corrió fuera. Al mirarla un soldado, comenzó a gritar en su inarticulado lenguaje, tan alto como podía. El soldado se asustó en tal forma, que cayó escaleras abajo y

quedó tendido. Cuando más tarde fué revisada la casa, no se encontraron armas, y después de unos días tuvieron que soltar a la vieja.

He oído muchas historias. En las pocas horas en que anduve de casa en casa, aprendí más de la vida de los trabajadores que lo que pueda saber todo el Grunewald (1).

(1) El barrio más elegante de Berlín.

En cada vivienda había una historia del vivir, del morir, y de la lucha por la vida y contra la muerte. En algún sitio tropecé con un hombre escapado de un Estado extranjero, que lo perseguía por sus ideas políticas. Pequeño, pobre, perseguido, pero acogido y querido. Era un hombre, y al mismo tiempo una parte de aquellos hombres que lo habían acogido. Un signo, una imagen de sus luchas por la existencia, el pan y la libertad. No

tenía dinero ni habitación, ni pasaporte. Y, sin embargo, vivía allí, inmortal como un pensamiento.

Es difícil de comprender. Pero hay muchas cosas que son difíciles de comprender; es difícil de comprender, por ejemplo, cómo pueden vivir madre e hijo de once años en una habitación que no es mayor que una celda. Hay muchas cosas que son difíciles de comprender.

El teatro en el año dos mil

Por TEÓFILO ORTEGA

Mi amigo está algo loco. Cuando paseamos juntos, siento cierto pavor, porque temo si no ha de coincidir su avance irreflexivo, su desencadenado correr de la imaginación, por una cuesta, elevarse a un árbol, asomarse, hasta caer, con parecidos arranques físicos, y así temo verle rodar desde el pretil de un puente a la corriente movidiza, la corriente para él seductora, porque le llama y atrae poderosamente todo lo que encubre algo y todo lo que va a algún sitio.

Con él, al transitar por el campo o por las calles, no cabe sino una actitud: escucharle. Y ciertamente que de este pasivo e invariable proceder, extraemos cierta delectación. Entre lo que habla, nunca falta algo divertido, incluso trascendental y siempre personalísimo.

Por cierto que en su último despliegue verbal—es interesante cómo sitúa las ideas y van desfilando ordenadamente como si de una parada militar se tratase—me deslizó unas observaciones interesantísimas sobre cómo será el Teatro futuro, el Teatro en el año 2000. A mí me produjeron un grato solaz y hasta me removieron posos de quietud, haciéndome pensar en ello durante largo tiempo. Claro es que terminé por creer que era un fruto más que me autorizaba a suponer en aquel árbol alguna anomalía mental.

Juzgadle vosotros mismos. Me voy a limitar a transmitir sus sueños, porque yo no puedo concederles más importancia ni extraerles de ese libre, desembarazado, fácil mundo.

Mi amigo cree en una renovación prodigiosa, radical, del Teatro. La humanidad, según él, envejece, y ya se caen de las manos las novelas; nos abstenemos de entrar en un teatro; rechazamos la sedante perspectiva del cine, que antes nos hacía olvidar, y olvidarnos, fundiéndonos con un argumento, todo lo cursi que se quiera, porque el espíritu de la humanidad ha entrado en período de desengaño, de exigente vejez. Al comenzar la lec-

tura de la novela, o escuchar la voz del actor, o contemplar cómo se deslizan las figuras en la blanca pantalla, todo el interés y sugestión se borra, porque, como «ya sabemos», «comprendemos», «tenemos presente», tanto, tanto, no se quita de nuestra imaginación que tras de la novela hay un hombre que inventa y escribe «para vivir»; tras de la obra de teatro, un autor y unos intérpretes que forman una trama sin auténtica realidad y por su exclusivo provecho; frente a los actores cinematográficos, un director de escena que les dice: levante un poco la voz, vuelva a sonreír, no mueva tanto esa mano...

Es decir: todo farsa, pura farsa. La humanidad se ha metido entre bastidores y se ha dado cuenta de que antes era un niño que se emocionaba con la muerte de un rey sobre la escena, cuando poco después el rey, en su cuarto, soportaba una filípica del director de la compañía o de su esposa. No; ya los espectadores, por desgracia, vemos en todo la trampa. Hemos dejado de ser niños.

¿No es aburridísimo el entrar en un teatro y saber que allí unos hombres van a pasar por lo que no son, van a engañarnos y va a reducirse su labor a un plan premeditado, a una repetición de palabras y gestos hechos, in-

cluso de movimientos y posturas tomados de antemano? Lo formidable de nuestras corridas de toros; lo que es lección para la necesaria, insustituible renovación del Teatro, es que allí nadie sabe lo que va a pasar. Los toreros entran llevados por un automóvil, que se desliza entre dos largas filas de curiosos; pero no se sabe si saldrán en el mismo coche o en una camilla, o en hombros de los entusiastas, o cercados por una nube de insultos. ¡Es lo emocionante, lo verdaderamente hermoso y vital de la fiesta! Allí nadie sabe lo que va a pasar.

¿Qué ocurriría si a la fiesta taurina se la sometiese a un plan de antemano fijado; si se conociera el juego que iban a dar los toros, los triunfos o fracasos de los toreros, el desarrollo, hasta en sus más insignificantes detalles, de las faenas? Pues ocurriría lo que sucede con el Teatro. Que iría muy poca, muy poca gente.

Y para que de nuevo se acuda al Teatro con pasión, hay que llevar a la escena eso, simple y escuetamente eso: pasión, realidad, vida. Por el Teatro futuro tienen que transcurrir personajes con el semblante palidecido por sinceras, por verdaderas emociones. El Teatro futuro no será una representación, ni una sublimación, ni una depuración de la vida real. Será una parte de ella, un trozo selecto y concentrado, pero fragante, viviente.

Mi amigo se dirige hacia una exposición abundante, algo extensa, y no ya con atención de convencido, sino con simple curiosidad de oyente, me apresto a continuar escuchándole. Puede acompañarme el lector, pues yo fielmente, exactamente, trasladaré aquí sus palabras.

El Teatro hallará su redención del cautiverio de hastío, en el que hoy está ahogado, con esas gotas de sangre, de pasión, de sorpresa, que tiene en su favor la fiesta taurina, menos elevada y espiritual, pero de mayor y más profunda raigambre emo-



«EL HERBARIO» por Norah Borges.

Ayuntamiento de Madrid

tiva. Cuando se vaya al teatro como a los toros, sin saber, sin presumir ni sospechar siquiera lo que va a pasar exactamente, entonces, sólo entonces, el espectador acudiré frecuente y entusiásticamente, con animado y animador fervor.

Pero no será fácil, se contestará a mi ingenioso amigo, conseguir tan bellos y convenientes frutos. Pero ante el gesto dubitativo del lector, no tiembla ni tuerce su paso en dirección del futuro mi amical, sugestivo interlocutor. A esto contesta.

La tarea está reservada a un genio, sin duda alguna. No es labor para cuya realización sean suficientes las facultades normales de un comediógrafo con ingenio. No; un espíritu audaz y al mismo tiempo firme y riguroso como el de Luigi Pirandello, hará el primer ensayo, que después se modificará, se perfeccionará mucho. Recordaréis que ya el autor de «Seis personajes...» estrenó una obra en Roma, dividida en dos... o más actos. La posibilidad de que fuesen más de dos, residía en que el argumento estaba inspirado en un hecho cierto y que los actores habían encarnado características reales de personas en el mismo teatro presentes. Y según mis noticias, además de los dos actos de la obra en la escena, hubo un tercero, por cierto escandaloso, emocionante, imprevisto, a cargo del público. El hilo de la obra permaneció sin cortar, sin concluir, como en esas comedias o películas en las que todo no termina bien y salen los espectadores «como si no se hubiese acabado», porque creen que no es posible terminar sin que la felicidad llegue a los buenos y la desgracia a los malos.

Y es por este camino, indudablemente, por donde podrá salvarse el Teatro. Llevando a la vida allí, a toda la vida y en toda su amplitud y consecuencias. Nada de representaciones y traslados de ella, pensados con anterioridad, sin calor humano, en elaboración cerebral.

Mi amigo ignora cómo se hará ese Teatro, pero entiende que el Teatro tendrá que hacerse, no es posible otro camino, así. Ya va iniciándose tímida, inconscientemente, en una filtración que casi nadie percibe, esa corriente de verdadera vida y realidad al Teatro. No faltan espectáculos—las charlas líricas entre ellos—donde nadie sabe, ni el propio autor, lo que va a pasar. Igualmente puede hallarse camino y ejemplo a seguir en esa especie de Teatro que también ofrece la política con sus actos, en los cuales el público no sabe lo que dirá el orador, ni si caerán rendidas sus manos por el esforzado aplauso o enronquecerá con la expresión un poco brutal de su censura; y ni el propio actor, el político, sabe muchas veces lo que dirá, porque es el público, con sus

aplausos o sus imprecaciones, el que le levanta con calurosa aprobación o le abate y enmudece con su frío eco. Es también indudable que en la región de aficionados que van, como en los toros, a los partidos de fútbol, a los matchs de boxeo, a toda la inmensa serie de deportes, sólo una reducida parte de aficionados continuaría su accidentada e incómoda romería de capital en capital, si de las preparadas

Romanones, en Eritaña

Hay hombres que debieran estar quitados de la circulación de la vida pública como se quitaron ya de las calles las sillas de mano movidas por esclavos.

Uno de estos hombres a que nos referimos es el conde de Romanones.

Tan distante está, en el tiempo, la mentalidad y la sensibilidad de este plutócrata cacique, de la complejidad moral e intelectual del político de hoy, como las sillas de mano lo están de los automóviles. Más aún.

Y, sin embargo, aquí en España, sigue circulando el conde de Romanones. Y pronuncia discursos, tiene partido, se le hacen interviús y se ocupa de él la Prensa.

Si el silencio nuestro tuviese alguna eficacia, para quitar el borrón grotesco con que el conde de Romanones mancha la ardorosa fiebre de la vitalidad española, nosotros no escribiríamos ni siquiera su nombre. Hasta procuraríamos no emplear las sílabas de que se compone.

Pero nuestro silencio sería como el silencio de un espectador de una plaza de toros en una pita de todo el público a un maleta por una espantada ridícula y cobarde.

¿Comentar su discurso?

¿Discurso o una copla cantada en una «españolada» en la señorita venta Eritaña?

Aquí tiene Gutiérrez Solana un buen modelo para pintar un cuadro grotesco de la España que se está extinguiendo: el conde de Romanones cantando una copla coreado por las palmas de unos cuantos señoritos amos de tierra.

Gutiérrez Solana sabría ponerle el sarcasmo, las tintas y el espíritu que este cuadro se merece.

Para los cuadros no sepamos que haya lápiz rojo.

A nosotros nos es imposible pintarlo, como sería nuestro gusto.

Ayer Bugallal, hoy Romanones.

¡Bien por los condes!

Hermanos gemelos son en el arte de la política. Qué lástima que Bugallal no sea también cojo o que a Romanones se le pudiera arreglar la pierna, para que la semejanza fuese perfecta.

¿Y el conde de Cierva cuándo canta también su copla?

contiendas se quitase todo lo que tiene de apasionante curiosidad por el fin, reduciendo los encuentros a un juego puro, con perfecto conocimiento del resultado.

Porque es intolerable—me decía mi amigo, con un disgusto graciosísimo—adentrarse entre bastidores del Teatro que se hace actualmente, y ver cómo los personajes aguardan cómodamente en sus cuartos, aunque en la escena siga la acción y se aluda a ellos. No; en el Teatro del año 2000 ningún personaje estará ausente de la acción. Por el contrario, con verdadera fusión con la obra, avizorando los menores gestos de los demás personajes, estará escuchando y dispuesto a salir, si el transcurso de la acción así lo requiere, en todo momento. Y nada de creaciones maravillosas, idénticas e invariables. No; el actor como el torero se producirá frente a elementos imprevistos—su tensión nerviosa, el tono de público, su mayor o menor «inspiración» y elocuencia en aquel día—, y no ocurrirá como ahora, que salvo el gesto, que es lo que pone el actor por su cuenta, todo lo demás ha de hacerlo al dictado. Este simple detalle explica y justifica la necesidad de dar ese paso. Puesto que si un actor poniendo sólo el gesto salva muchas veces una obra y mejora incluso las buenas y perfectas, si se le entregase un mayor margen de colaboración y participase con su palabra, incluso con su ingenio, en el logro de una obra, ¿no realizaría estupendos prodigios? Claro que en este caso no podrían hacer ese Teatro todos, sino artistas excepcionales, en quienes haya alguna mayor virtud y facultad que la de una gran retentiva, buena voz y cierta elegancia. Y será un espectáculo costoso, pero emocionante.

He aquí una posibilidad de abrir cauce hacia ese indudable porvenir: llevemos a la escena nuestros problemas éticos, sociales, incluso filosóficos y organizados con arte, con una genial dirección; provoquemos encuentros armónicos, aunque apasionados y apasionadores. O deslicemos un argumento en el oído de unos actores, y no va para el gesto y movimiento, sino ilimitadamente para el desarrollo verbal de la obra, concedámosles, obliguémosles mejor, a colaborar. No; no es posible que quien ve en la lejanía del futuro una segura construcción, refiera exacta, puntualmente, todas las características del edificio que, más que ver, adivina. Mi amigo—¿un poco loco, verdad lector?—termina por decir que este será el Teatro del año 2000, y que con él lograrán nuestros descendientes que la escena sea el lugar donde verdaderamente se entregue al espectador un breve, pero significativo traslado de lo que es la vida, y son las pasiones y trabajos... pero con trozos y palpitaciones de vida, de pasión y de trabajo auténticos.

Suerte de los Palacios Reales

por QUINTILIANO SALDAÑA

La historia moderna viene a nosotros tocada de los métodos de la biología. Monumentos y edificios que fueron albergue de la vida humana, que así recibieron la potente huella de la vida, se los representa la humanidad como seres dotados de vida. No se habla ya de «su historia», sino —limpiamente— de «su vida». Vida privada y pública. Así quedan incorporados a la corte de personajes históricos, autores eficaces de la ruta colectiva y actores en la escena de una época. Tal es la nueva personalidad de los palacios reales, casi tan acusada como la de sus inquilinos reales.

El Schloss de Berlín (1443-1918).

El palacio real de Berlín es un soberbio y sombrío alcázar situado frente a la catedral. Empezó a nacer, esto es, a construirse—que estos seres históricos no nacen de un golpe—en los umbrales del Renacimiento alemán; año de 1443. Un siglo después, vemosle tornarse, dando la media vuelta con exactitud de soldado, por obra del arquitecto Gaspar Theiss, que era su *manager*. La fachada principal, ahora mira a la plaza. De ser una fortaleza quiso mudar su fisonomía acicalándose por modo semejante a un palacio.

A mí—estudiante de la Universidad que atravesaba cada día frente a sus puertas y pasaba a la vera de sus cañones—el Schloss me dió siempre un escalofrío de cuartel.

Entretanto, al interior, la mansión real, luego imperial, iba estructurando ese tejido estético que se llama el «estilo», de sus 700 salas recibía y situaba presentes magníficos, llegados de toda la tierra. Artistas famosos eran invitados a colaborar en la magna obra. En una palabra: monarcas y autócratas se afanaban—*sic vos non vobis*—por acumular y ordenar el más espléndido museo. De vuelta en Alemania, para dar conferencias, en 1922, ya se habían apagado las luminarias del Imperio. Alemania desde el 9 de noviembre de 1918 habíase organizado en República. Quise saber la suerte del formidable palacio real de Berlín, del Schloss, y me dijeron:

—Puede visitarle; ahora es un museo: el museo real.

El Schonbrunn, de Viena (1700-1918).

Hermosa fuente (que esto significa Schonbrunn) y magnífico palacio. Fue un castillo cinegético y llega a ser residencia imperial; como bella pastora de la que se ha prendado un príncipe. Soberbio retiro por donde media vida de Europa vino a pasar. Pero siempre fué palacio de verano; man-

sión morganática. El guía nos explica en tres lenguas y tres veces falsea la historia. No fué este grato lugar ajeno a los acontecimientos que en él se realizan. Aquí se firmaron o ratificaron dos Tratados de paz: el de Presburgo y el de Viena. Dos bodas reales aquí consumaron sus mieles. Cosa adecuada al lugar. En los frescos de sus salones quedó constancia artística de los buenos sucesos allí acaecidos, como gigantes placas de fotografía en colores.

Nació este palacio hacia el año 1700; bajo la égida de Leopoldo I. Muere durante la revolución; que en 1918 arroja del trono a Carlos I, al esposo de la ex emperatriz Zita—ahora huésped de España—. «En esta sala, sobre esta mesa se ha firmado la abdicación.» Es una sala sombría, huraña al pasaje riente. Abajo, inmensas caballerizas sin caballos, donde se paralizaron las doradas carrozas de Francisco José—que no sonrió jamás al montar en auto—. He aquí el cochecito de mano, donde paseaban al hijo del gran Napoleón. Este privilegiado de hace un siglo, el pequeño duque de Reichstadt, el joven rey de Roma, muere aquí (1832). Belleza, paz, amor. Una sola vez, la muerte. Antes, un rapto de guerra, cuando se acuartela en sus 1.441 habitaciones el ejército de Napoleón. Ha vivido intensamente su vida, este palacio imperial, durante dos siglos. Ahora reposa, en la sagrada quietud de museo. Y como el palacio imperial, el soberbio Hofburg construido hacia 1280. Era su destino.

El Palais Royal, de París (1629-1871).

En estos días se está celebrando, a lo largo del museo de artes decorativas, una exposición titulada: «La vida del Palais Royal.» Su conjunto, evocador de actividad coherente, da, en efecto, la sensación inquietante de una vida. Allí está—en múltiples imágenes representado, adherido a documentos y a objetos—un ser que vivió. Este maravilloso ente histórico alcanzó tres siglos de edad: el XVII, el XVIII y el XIX, los trescientos años gloriosos de la vida de Francia.

Engendró a este Palais Royal aquel famoso cardenal Richelieu (1585-1642), ministro de Luis XIII, y luego primer ministro, en 1624; el amo de este pueblo durante casi dos décadas. Lo hizo para sí, y así fué su primer nombre: Palais Cardinal. ¿Cuál era la suerte reservada a este hijo de clérigo? Desde luego, pasa a poder de los reyes, recibiendo su actual nom-

bre. Ya es el primer vasallo de Ana de Austria. Tres retratos suyos dejan al visitante convencido. ¿Qué podría ser Palais Royal bajo el signo de la escandalosa hija de Felipe III, la amiga del duque de Buckingham? Esto era: marco de espléndidas fiestas, de aventuras galantes, de duelos sangrientos, de intrigas políticas, de terribles complots, de provechosos negocios. Por este caprichoso módulo pasa toda la historia de Francia; de la Francia monárquica: una gran nación desviada por el tropismo de una voluntad única.

La vida maravillosa del Palais Royal.

Un palacio real es como ser vivo, y mejor la cabeza de un cuerpo colectivo viviente. En su estructura cerebral inside un alma. Así éste desde el seiscientos al ochocientos, en Francia, es teatro de la vida nacional; transportada la varia realidad cómica y trágica, a un escenario de corte. Y así el Palais Royal, bajo su recinto, alberga dos grandes y sonadas salas de espectáculos: la primera y la segunda, que sucesivamente son destruidas por el incendio (1763-1781). Allí nace la ópera; allí muere el gran Molière; la comedia francesa eleva aquí su prestigio y sus muros; aquí el genio de la tragedia, Talma, se yergue como émulo espiritual de Napoleón.

Tal es el eje, en derredor del cual giran todas las actividades de un pueblo; vocacionado para ser—un día—demócrata, revolucionario y republicano. En estas caricaturas mordaces ya se adivina a los precursores de la revolución; aquella sátira, escrita con tinta que el tiempo ha degradado a leves matices rojos, se presiente la sangre. Porque entre la fronda de estos jardines, sobre una mesa había de disparar sus dardos oratorios Camilo Desmoulins. De aquí partirá el asalto a la Bastilla. Entretanto, por sus peristilos y galerías rueda el desfile de modas, de uniformes, de razas, de tipos, de figuras, llegadas de todos los ángulos del mundo. Es constante el cortejo, que se resuelve en contraste con el genio inglés. Y el viejo teatro crítico abre día y noche sus puertas, tras de las cuales una guerra se zanja con amores, o con una broma, y, a veces, amores y bromas cuestan una guerra.

Espléndidos salones son ahora oficinas, y sus preesas lucen en el museo del Louvre. Así, el lujo privado llega a ser tesoro artístico nacional, que sirve a la enseñanza del pueblo, y lugares y objetos del vicio fueron dignificados por el trabajo y el culto del arte. Teatros, un circo, salas de diversión o cabarets, tiendas y restaurantes, librerías y club; de todo esto ofrecía al visitante el viejo alegre Palais Royal.

La economía mundial y el Estado nacional

por N. BUJARÍN

Las fricciones y conflictos que surgen fatalmente entre los grupos nacionales de la burguesía conducen, al desarrollarse, a la guerra, como único medio, según los medios dirigentes, de resolver la cuestión.

Como lo hemos visto, estas fricciones y conflictos son debidos a modificaciones sobrevenidas en las condiciones de reproducción del capital mundial. La sociedad capitalista, edificada sobre un conglomerado de elementos antagónicos, no puede mantenerse en un equilibrio relativo sino al precio de crisis dolorosas. La adaptación de las diferentes piezas del organismo social no puede realizarse sino por medio de un empleo formidable e improductivo de energía, de falsos gastos considerables, que derivan de la naturaleza misma de la sociedad capitalista, expresión determinada de una fase de la evolución histórica.

Tres son los móviles esenciales de la política de conquista de los Estados capitalistas contemporáneos. Agravación de la concurrencia por la posesión de los mercados de venta; mercados de materias primas y esferas de inversión de capitales; he aquí en qué termina el nuevo desarrollo del capitalismo y su transformación en capitalismo financiero.

Ahora bien, estas tres raíces del capitalismo financiero no son, en el fondo, sino tres aspectos de un mismo fenómeno: el conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la limitación nacional de la organización productiva.

* * *

En efecto, una superproducción de productos industriales significa una subproducción de productos agrícolas. Esta última nos interesa, en este caso, en la proporción en que la industria es desmesuradamente elevada, es decir, en la medida en que pueden ser cambiados por productos de la agricultura; en otros términos, en la medida en que está rota (y se rompe más y más) la proporción de producción entre estas dos ramas. Es por esto que la creciente industria se busca un «complemento económico-agrario», lo cual conduce fatalmente, dentro de los cuadros del capitalismo—y sobre todo con la existencia de estos elementos monopolizadores, es decir, el capital financiero—, a la subordinación de los países agrarios por la fuerza militar.

Ahora bien, la exportación de capital no constituye por sí misma un fenómeno aislado. Reposa en una superproducción relativa del capital. En

todo caso, debemos decirlo una vez más, esta superproducción no es sino otro aspecto de la superproducción de mercaderías.

«La superproducción de capital—escribe Marx—es siempre nada más que una superproducción de medios de trabajo y de existencia, aplicados a la explotación de los trabajadores en un grado determinado... El capital se compone de mercaderías; por tanto, la superproducción de capital supone una superproducción de mercaderías» (1).

Inversamente, cuando hay disminución de la superproducción de capitales, hay disminución de la superproducción de mercaderías. Así, la exportación de capital, disminuyendo la superproducción de capitales, contribuye a la disminución de la superproducción mercante (hagamos constar, entre paréntesis, que si, por ejemplo, son exportadas para ser vendidas barras de hierro, ello constituye una simple exportación mercante; si la casa que ha producido los lingotes funda un establecimiento en el extranjero y exporta sus mercaderías para equiparlo, se produce con este acto una exportación de capital; en estas condiciones, es preciso establecer si existe o no transacción de venta y de compra).

Ahora bien, además de una simple «rarefacción», en cuanto ésta es el resultado de la exportación de capital bajo forma mercante, existe también, como consecuencia, una relación entre la exportación de capital y la disminución de la superproducción mercante. Otto Bauer ha definido muy bien esta relación (2):

«En estas condiciones—dice—, la explotación de los países económicamente retrasados por los capitalistas de un país europeo cualquiera, tiene dos clases de consecuencias: directamente, la creación por el capital de nuevas esferas de inversión en un país colonial y, al propio tiempo, de

(1) Karl Marx: *Le capital*, libro III, págs. 273-279. Es por esto que los factores que determinan la exportación de mercaderías (venta, materias primas, mano de obra, etc.) pueden determinar igualmente la exportación de capital. Consúltese a este respecto Herman Schumacher: *Weltwirtschaftliche Studien*, Leipzig, 1911. Art.: *Die Wanderung der Grossindustrie in Deutschland und Vereinigten Staaten*, especialmente las págs. 406-407.

(2) Otto Bauer: *La cuestión nacional y la social democracia*.

mercados crecientes para la industria del país dominador; indirectamente, nuevas esferas de inversión de capital en el interior mismo del país dominador e incremento de la salida de los productos de la totalidad de las ramas de industria.»

Así, pues, si se examina la cuestión en todos sus aspectos y además en su fase objetiva, es decir, desde el punto de vista de las condiciones de adaptación de la sociedad moderna, se comprueba una falta de armonía creciente entre la base de la economía social del mundo y la estructura de clase específica de la sociedad en que la clase dirigente misma (la burguesía) está dividida en grupos nacionales, con intereses económicos discordantes, y que, aunque oponiéndose al proletariado mundial, actúan al mismo tiempo como concurrentes en el proceso de repartición de la plus-valía producida en la totalidad del mundo. La producción reviste un carácter social. La división internacional del trabajo hace de los modos nacionales de la producción privada partes integrantes del vasto proceso universal del trabajo, que comprende la casi totalidad de la Humanidad. La asimilación toma el carácter de nacional, en donde actúan, como agentes, las potentes uniones nacionales de la burguesía financiera capitalista. En el estrecho marco de las fronteras nacionales se realiza el desarrollo de las fuerzas productivas que han desbordado ya estos límites. En estas condiciones el conflicto estalla fatalmente y se resuelve por el ensanche violento de las fronteras nacionales, lo que trae por consecuencia nuevos conflictos, cada vez más considerables.

* * *

Los diversos grupos de la burguesía nacionalmente organizados, con sus intereses contradictorios, constituyen el agente social de propaganda de este antagonismo. El desarrollo del capitalismo mundial, por una parte, termina en la internacionalización de la vida económica y en la nivelación económica, y, por otra parte, en mucha mayor proporción, agrava de modo extremo la tendencia a la formación de grupos nacionales estrechamente cohesionados, armados hasta los dientes y listos en todo momento a lanzarse unos sobre otros. No se podría definir mejor que lo ha hecho R. Hilferding los fines esenciales de la política moderna:

«La política del capital financiero—escribe—persigue un triple fin: en pri-

mer lugar, la creación de un territorio económico tan vasto como sea posible; en segundo, la defensa de este territorio contra la concurrencia extranjera por medio de barreras aduaneras, y, como consecuencia, en tercero, su transformación en campo de explotación por los monopolios del país.»

La expansión del territorio económico entrega a los carteles nacionales regiones agrarias y, por consiguiente, mercados de materias primas; incrementa los mercados de venta y la esfera de inversión de capitales; la política aduanera permite aplastar la concurrencia extranjera, obtener plusvalía y poner en movimiento el ariete del «dumping». Todo el conjunto del sistema contribuye a aumentar la tasa de beneficio de los monopolios. *Ahora bien, esta política del capital financiero es el imperialismo.*

Esta política supone el empleo de métodos violentos, puesto que el ensanche del territorio nacional significa la guerra. Pero de allí no se deduce evidentemente que toda guerra y toda expansión del territorio nacional presupongan una política imperialista; el elemento determinante está representado en el hecho de que una guerra es la expresión de la política del capital financiero, tomado este término en el sentido de que hemos hablado antes. Aquí, como en otras partes, encontramos formas intermedias, cuya existencia no compromete la definición esencial. Es por esto que tentativas como las del economista y sociólogo italiano Achille Loria, de establecer dos nociones de imperialismo que disimularían «relaciones completamente heterogéneas», son radicalmente falsas. Loria hace una distinción entre imperialismo «económico» e imperialismo «comercial». El primero tiene por objeto los países tropicales; el segundo, los países cuyas condiciones son propicias para la colonización europea; la fuerza armada es el método del primero; los acuerdos pacíficos, el del segundo; aquél no conoce ni matices ni gradaciones; éste posee el don de conocerlas, poseyendo, al lado de una asimilación máxima o de una unión económica única, una fórmula elástica, como las tarifas preferenciales entre las colonias y la metrópoli, etc.

Tal es la teoría de Loria. Todo ello, evidentemente, está tirado de los cabellos. En el fondo, el imperialismo comercial y el económico son, como ya lo hemos visto, expresiones de tendencias idénticas. La barrera de las tarifas aduaneras y su aumento conducirán a un conflicto armado, si éste no se ha producido ya en la fase actual. No es posible, de este modo,

oponer los «acuerdos pacíficos» a la «fuerza armada» (los acuerdos pacíficos de Inglaterra con las colonias suponen la agravación de las relaciones de aquélla con los demás países); asimismo, no es posible hablar del carácter exclusivamente «tropical» del imperialismo «económico»; la suerte de Bélgica, Galitzia, América del Sur, China, Turquía y la Persia es la mejor prueba de ello.

Recapitulemos. El desarrollo de las fuerzas productivas del capitalismo mundial ha dado un salto gigantesco en el curso de las últimas décadas. En el proceso de la lucha por la concurrencia, la gran producción ha salido victoriosa en todas partes, agrupando a los «magnates del capital» en una férrea organización que ha extendido su acción a la totalidad de la vida económica. Una oligarquía financiera se ha instalado en el poder y dirige la producción, que se encuentra reunida en un solo haz por medio de los Bancos. Este proceso de organización de la producción ha partido de abajo para consolidarse en los cuadros de los Estados modernos que se han convertido en los intérpretes fieles de los intereses del capital financiero. Cada una de las «economías nacionales» desarrolladas, en el sentido capitalista de la palabra, se ha transformado en una especie de trust nacional de Estado. De otro lado, el proceso de organización de las partes económicamente avanzadas de la economía mundial se acompaña de una agravación extrema de la concurrencia mutua. La superproducción de mercaderías, inherente al desarrollo de las grandes empresas, la política de exportación de los carteles y la reducción de los mercados a consecuencia de la política colonial y aduanera de las potencias capitalistas; la desproporción creciente entre la industria, de desarrollo formidable, y la agricultura, atrasada; en fin, la inmensa extensión de la exportación del capital y el sometimiento económico de países enteros por consorcios de Bancos nacionales entre los intereses de los grupos nacionales del capital has-

ta el paroxismo. Estos grupos confían, como último argumento, en la fuerza y en la potencia de la organización del Estado y, en primer lugar, de su flota y de sus ejércitos. Un poderoso Estado militar es el último recurso en la lucha de las potencias. De este modo, la capacidad combativa en el mercado mundial depende de la fuerza y de la cohesión de la nación, de sus recursos financieros y militares. Una unidad económica y nacional, bastándose a sí misma, aumentando sin fin su fuerza hasta gobernar el Mundo en un imperio universal, tal es el ideal soñado por el capital financiero.

Con una mirada de satisfacción contempla la mezcla babilónica de los distintos pueblos, y por encima de todos ellos ve a su propia nación. Esta es real y vive en los límites de su poderoso Estado, multiplicando sin cesar su fuerza y su grandeza. Todas sus fuerzas están consagradas a procurar su elevación. Se obtiene así la subordinación de los intereses del individuo a los intereses generales superiores que constituyen la condición de toda ideología social vital; el Estado, enemigo del pueblo, y la nación, se confunden, y la idea nacional, como fuerza motriz, está subordinada a la política. Las contradicciones de clase han desaparecido, suprimidas, absorbidas por el hecho de que todo está puesto al servicio del todo. La peligrosa lucha de clases, tan preñada de imprevistas consecuencias para los poseedores, ha sido reemplazada por las acciones generales de la nación, cimentadas por un fin idéntico: la grandeza nacional.

Los intereses del capital financiero se encubren así bajo una fórmula ideológica evadida, que se trata por todos los medios de inculcar a la clase obrera. Como lo establece muy justamente, desde su punto de vista un imperialista alemán: «Es necesario establecer su autoridad, no solamente sobre los pies de los soldados, sino también sobre su espíritu y su corazón.»

SUCESOR DE
E. PALEZ
FOTOGRAFADO

APARTADO 8.028
TELÉFONO 32.254

38 AÑOS
DE PRÁCTICA!!
QUINTANA 33. MADRID

JOSE PILSUDSKI

por JOAQUÍN PÉREZ MADRIGAL

Del socialismo revolucionario a la dictadura personalista.

La democracia universal, mancillada por todas las ficciones, escarnecida por todas las ficciones, sacudida desde lo más hondo de su sistema a lo más alto de su organización, por las dos terribles convulsiones de la gran guerra y de la revolución rusa, padece una grave enfermedad, que en muchos pueblos es colapso, en algunos demencia y, en otros, los menos, delirios febriles que desaparecerán cuando las heridas de los recientes combates se cicatricen, certeramente tocadas por el cauterio de la justicia social.

El colapso de las democracias es el signo más frecuente de la presente dolencia del mundo. En Europa han sucumbido varios pueblos al dominio del poder personal. La Dictadura, o, mejor dicho, el despotismo, ejercido a título de salvación nacional, se ha erigido omnímodo sobre los cadáveres de las viejas soberanías. En España, durante más de seis años hemos vivido los veintidós millones de habitantes, pendientes del humor de un jerezano. Sabemos, pues, por experiencia, cuán benéfico es al progreso material y a la depuración del alma de los pueblos, el aliento redentor de los nobles dictadores. Todos son unos grandes patriotas, unos excelsos ciudadanos, unos héroes y unos mártires. Ellos, en trágicas crisis históricas, en instantes decisivos para la

vida, la muerte o la deshonra de sus pueblos, son en ellos como el brazo, como el verbo, como la voluntad de Dios. Tales se creen en su soberbia y en su egolatría insensatas. Y son como Dios realmente de los mundos artificiales que se forjan. Mundos en que suprimen las fuerzas de la naturaleza, la libertad de los hombres, la historia de sus luchas, la variedad multiforme, armónica y fecunda del pensamiento y del esfuerzo humanos; borrado, apagado por el dictador con los bárbaros instrumentos de su fuerza, el mundo auténtico y su latido natural, el dictador se robustece, medra el déspota, pero como es, en definitiva, un pobre hombre, con las taras y las lacras de la humanidad doliente, envejece una vez, se acobarda un día, lo arrollan en un momento, y se comprueba, y la historia lo registra, que el dictador no salvó a su pueblo, que el dictador lejos de engrandecer a su patria, la sometió a un tordo sistema penitenciario, bien servido de guardianes, proveedores y contratistas.

La presente información nos la ha sugerido el paso por España, camino de su retiro meridional, de un duro, de un terrible dictador del Norte. José Pilsudski convalece de físicos quebrantos lejos de su país. Nosotros, convalecientes en el nuestro de los que nos ocasionó un colega suyo, vamos a presentarnos al enfermo de la isla de Madera. A ver si logramos precisar de qué madera es.

Un claro origen y un hermoso y dramático comienzo.

El mariscal Pilsudski dirigió el golpe de Estado que lo llevó al Poder, recién cumplidos los sesenta

combinación de planes enderezados a quebrantar la autoridad zaresca. Dotado de una firme voluntad y de un valiente espíritu aventurero, reducía perseverantemente los obstáculos y acometía las más audaces empresas.



José Pilsudski, antes de ser Dictador y Mariscal

años. Cuenta, por tanto, a la sazón casi sesenta y cinco.

Es lituano. Nació, de padres nobles, en la provincia de Wilno. Recibió la instrucción esmerada que correspondía a su rango, pero apenas comenzó la adolescencia desertó de los estudios y se consagró ardorosamente a la acción política, dramática y heroica en aquel país y en aquella época. Al joven José Pilsudski no le arredaban los peligros, no le cohibían las amenazas de que sembraban el camino político y social las guardias del poder opresor. Por el contrario, demostró su genio precoz en la organización de grupos de patriotas y en la

Pilsudski, a los veinte años, ya había quemado dos en los calabozos de las guardias imperiales.

A poco que su pensamiento reposó de las volteretas a que le impelieran sus arrebatos juveniles, se adscribió a una doctrina, a una disciplina, a una lucha consciente y sistemática. Se hizo militante del socialismo internacional. Pero militante socialista en la Rusia de los zares, cosa que no sabemos si habría osado realizar Benito Mussolini, socialista también pero en la libre, Monarquía italiana. Pero da lo mismo; ambos camaradas acordarían después su apostasía.

El joven Pilsudski, no ya como li-

tuano, sino como ciudadano del mundo, pasó a Rusia. Con los socialistas rusos, sus camaradas, hizo la revolución del 1905, a virtud de la cual el autócrata se avino a otorgar a sus millones de siervos una Constitución política.

En aquel movimiento descolló entre los avezados revolucionarios moscovitas el noble lituano. Se acreditó definitivamente como conspirador temible, como hombre resuelto y capaz de organizar y mandar a las masas en rebeldía. La Policía había tenido frecuentes tratos con Pilsudski. Lo apresó innumerables veces. Otras tantas se evadió, valiéndose, según la ocasión, de procedimientos extraños y originales. Una vez juzgó que la evasión iba a ser imposible. Lo sepultaron en un hoyo inhumano, lóbrego y frío. Y pasaba el tiempo y Pilsudski se pudría allí.

¿Cómo estimular a los carceleros brutales para que dulcificasen el sistema?

Se fingió loco. No le hacían caso. Perseveró, empero, en la simulación. Pronunciaba discursos incoherentes. Se negaba a comer. En este aspecto fué un precursor de las huelgas del hambre en las cárceles. Pero fingía en vano. Nadie creía en su locura. Un día lo visitó el médico. Le preguntó, le observó. Pilsudski aprovechó la coyuntura para exhibir su desequilibrio.

—Mire, señor, qué rica caza.

Removió unos cascotes húmedos de

un rincón del hoyo; extrajo de entre aquéllos unas cucarachas repugnantes. Las enseñó al médico.

—¡Esto sí que me gusta!—exclamó alborozado.

Y se las tragó, mascándolas placenteramente.

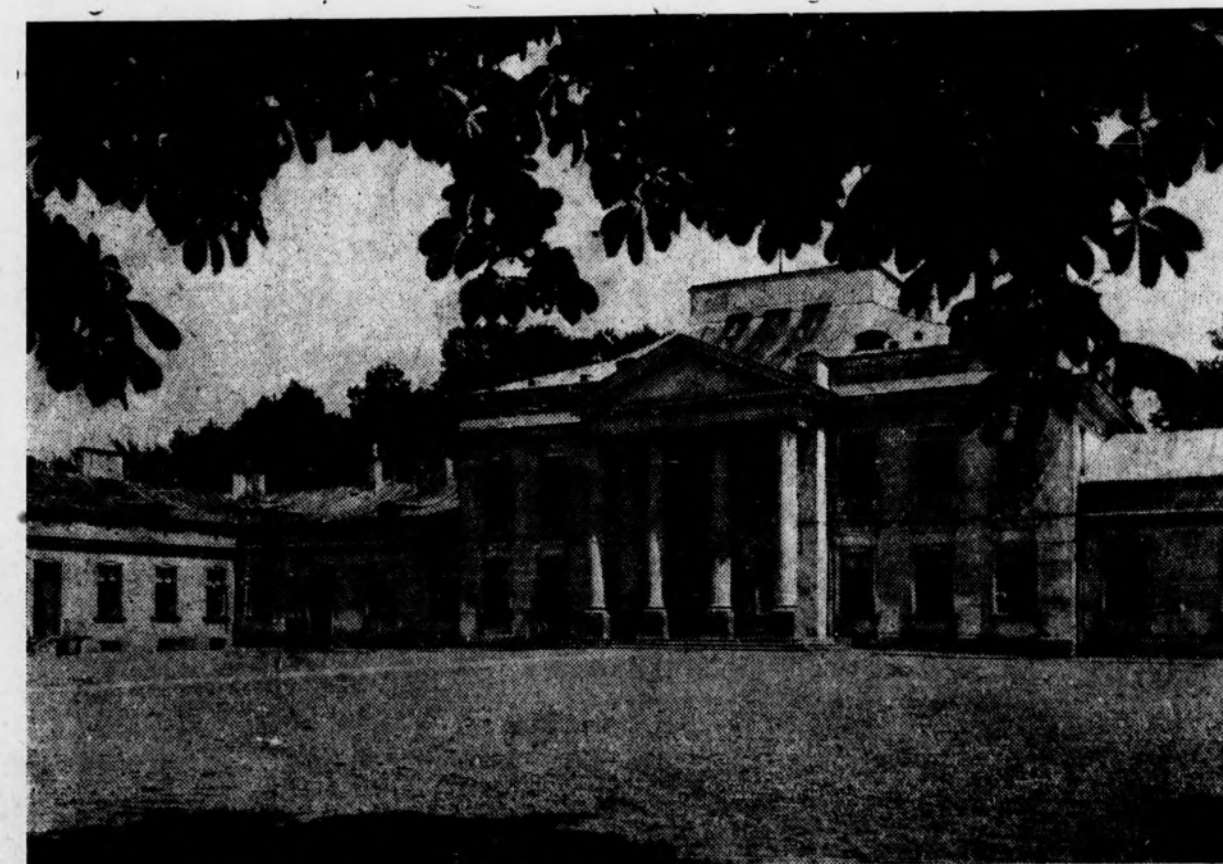
Venció la indomable energía del revolucionario. El médico reclamó que se observase a aquel preso, loco sin género de duda. Lo instalaron en la enfermería. Desde aquí le fué fácil saltar al campo libre y volver a las dramáticas, a las heroicas conspiraciones de aquel tiempo y de aquel país.

Siete años en Siberia.—Odia y maldice a Rusia.

El ardido conspirador hubo de pagar cuantosamente sus muchas deudas al régimen zarista.

A consecuencia de uno de sus procesos innumerables fué llevado a Siberia.

En el lejano confín de las dolientes soledades nevadas permaneció siete años. De aquella larga y atormentada deportación nació su odio a Rusia. Ha contado Pilsudski, ya poderoso, que allá en Siberia un carcelero apaleaba borracho a los deportados políticos. Un día, a uno muy enfermo y muy triste, le cruzó la cara pálida, hasta enrojecérsela de sangre, con su látigo homicida. El pobre deportado se tronchó, besó el hielo entintándolo de rojo. El carcelero ruso, ebrio, se fué riendo su proeza.



VARSOVIA.—En mayo de 1926, se refugiaron en este Palacio el Presidente de la República y su gobierno, batidos por las legiones de Pilsudski. Este triunfó y desalojó el Palacio de enemigos para instalarse en él con su familia



VARSOVIA.—El Sejm (Congreso de los Diputados). Sala de sesiones

Pilsudski, furioso, exclamó:

—¡Maldito seas y maldito sea tu pueblo!

Pasaron los años y Pilsudski sigue aborreciendo a Rusia. Pero algo se le pegó, como veremos después, de la barbarie de aquel carcelero ruso que apaleaba a los deportados políticos enfermos y tristes.

El dolor de la guerra.—Legionario y germanófilo.

Extinguida su condena en Siberia, abandonó Rusia. Partiéndose para la Polonia austriaca, donde era preciso derramar en los corazones jóvenes del país despedazado, aquella olorosa esencia de sufrimiento que Pilsudski había ido acumulando en su duro aprendizaje de combatiente por la libertad.

Nuestro conspirador centralizó en Galitzia su influencia. Intuía el desencadenamiento de la guerra. La olía. Pero limitada su capacidad política al sentido del olfato, no presintió jamás que la guerra en fragua aniquilaría al Imperio alemán. Secretamente soldó su espíritu a los designios del Káiser y comenzó a organizar a las juventudes en grandes asociaciones de cultura física. Con el pretexto de la gimnasia y de las excursiones, incendiaba a los jóvenes en su amor a la independencia de su patria, para cuyo logro habían de fortalecerse y coordinarse en un ideal supremo y en una disciplina única. Los organizó militarmente, los instruyó en la fuerza disciplinada al heroísmo. ¡Polonia! ¡Polonia rediviva!

Las sociedades gimnásticas que organizara Pilsudski eran legiones prusianas en potencia, dispuestas a pelear y morir por la independencia de su patria.

Estalló la guerra. El gran momento, el angustioso momento de Pilsudski. Ofreció a Austria y a Alemania el servicio armado, en primera línea, de sus legiones de jóvenes polacos. Estos, embriagados de fe en la resurrección de su patria, formaron en los ejércitos austrogermanos contra las tropas de la Entente, contra los soldados rusos, entre los que militaban —¡oh doble fratricidio de la guerra!—cientos de miles de polacos, hermanos de raza y de ideales de los legionarios de Pilsudski.

He ahí un error capital, un error siniestro de Pilsudski; por si era poca contribución la de Polonia sometida, forzada a dar sus hijos a la muerte en las querellas de sus extraños emperadores, Pilsudski añadió el dolor de una guerra civil, de la matanza interna. Pilsudski con sus legionarios de Polonia nutriendo a las tropas bávaras tomó a Varsovia, entró triunfal en ella con las hordas del último Atila.

¿Pero qué importaba, entre hermanos, matar y morir?

Pilsudski, en marcha a su ambición insaciable, escucha a Goethe y atiende su consejo: «Adelante, adelante hasta por encima de las tumbas.»

El Káiser lo encarcela.—Pero Polonia resucita.

Pilsudski con su legión en vanguardia del Ejército bávaro tomó Varsovia. Conquistador de la capital de la Polonia rusa, desemboza su secreto designio político. Bizarramente exige del Ejército de ocupación que se le reconozca como libertador de Polonia, que se deposite en sus manos de soldado victorioso la soberanía del pueblo resucitado.

Los generales germanos se ríen del

caudillo. Le dicen que esa pretensión luego. De momento, lo interesante al Ejército alemán es que Pilsudski y sus legionarios juren fidelidad al Káiser y lealtad a sus banderas y sólo a sus banderas.

Pilsudski, indomable, se niega al escarnecedor juramento, se rebela contra la tropa kaiseriana. Y lo apresan, reciente su triunfo. De la Varsovia rendida a su furor, pasa cautivo de sus aliados teutónicos a la fortaleza de Magdeburgo. En la prisión está, cuando se hunden los Imperios centrales, de cuyos escombros emergerá de nuevo, poseedora de sus destinos, la nación polaca.

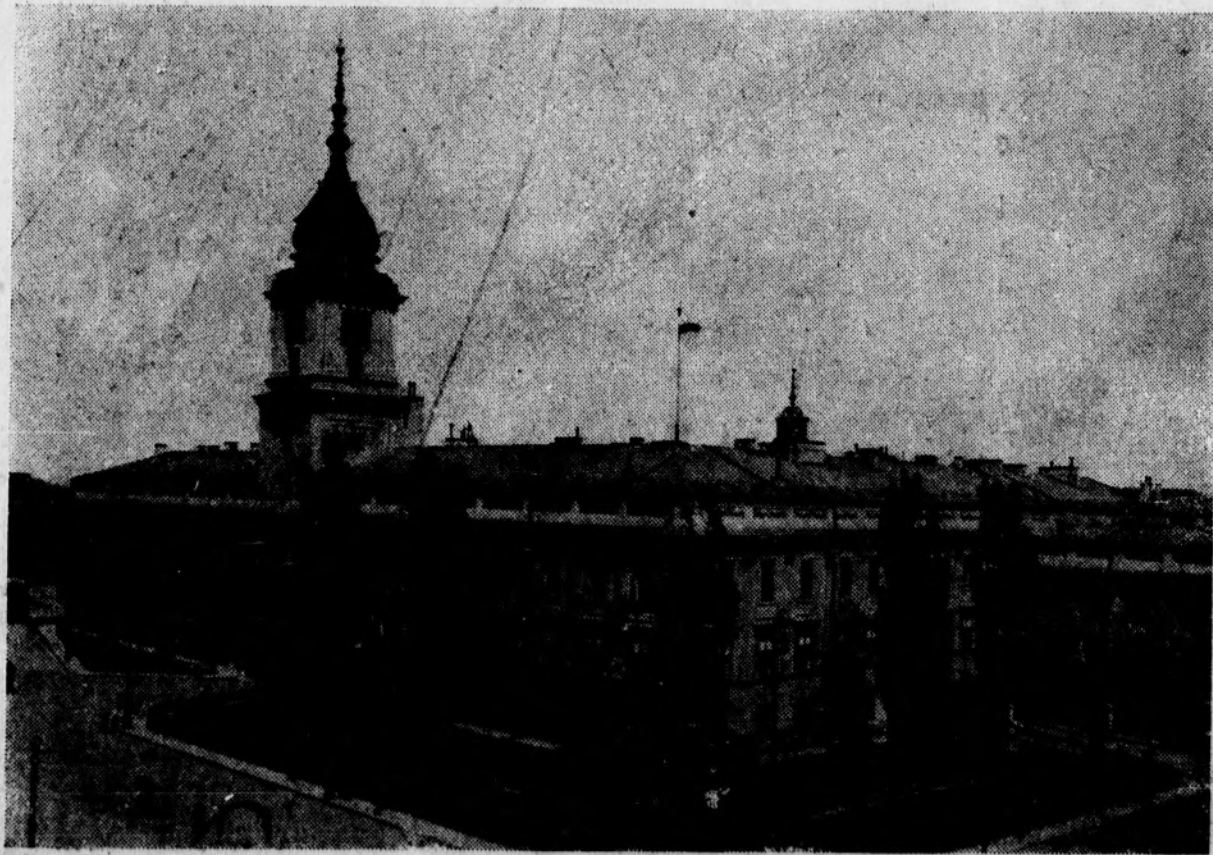
En pie el Estado e inservible el guerrero, vuelve el conspirador.

Liberto Pilsudski en Magdeburgo, salta a Varsovia. Sin olvidar sus legiones guerreras dedícase, con los socialistas, a forjar el Estado polaco, a encauzar, diferenciándola, la densa, la difusa, la alborotada opinión de un país alfombrado de cuajarones de sangre y a ellos encaramados judíos y católicos, siervos y señores, campesinos y aristócratas.

Mientras Pilsudski deja dormir las armas para hacer su política personal, que extiende su influencia en el misterio sugestivo de las conspiraciones y de las conjuras, otros polacos ilustres arreglan en París lo del contorno territorial, reivindicando pertenencias legítimas que los imperialismos victoriosos otorgarán con usura. En este forcejeo, Román Domowski, hombre austero, patriota egregio, logra para su pueblo una cumplida reconstrucción.

Polonia, en este período reintegrativo, de aportaciones diplomáticas, de negociaciones internacionales laboriosas, precisaba el gobierno de los hombres del tipo de Domowski. Pilsudski y sus legionarios eran la proyección siniestra del combate, de la tragedia, de la revolución... Bastante habían actuado. De cualquier manera que en el furioso empeño se emplearan, el resultado había sido fecundo. Polonia estaba en pie. Pero no para despedazarse, sino para andar y reconstituirse en la paz, regulada su vida por una ley democrática que permitiese la convivencia de todos los polacos en el ejercicio y al servicio de un derecho común. Libertad y justicia, paz y trabajo, progreso y cultura. Muchos hombres eminentes acordaron sus voluntades, agruparon sus huestes, lanzaron sus programas, votaron una Constitución, estatuyeron la República.

Pilsudski, entretanto, relegado a su inactivo papel de conspirador de historia de caudillo germanófilo, chas-



VARSOVIA.—El histórico Palacio Real de Polonia, residencia hoy del Presidente de la República

queado al derrumbe de Alemania, padecía nostalgias de mando, de poder al frente de sus legionarios ya inservibles. Y acudió a un golpe de mano infortunado. Mandó la expedición a Kíef (Ucrania) que suscitó la respuesta soviética con la invasión de Polonia por el Ejército rojo.

Tras el fracaso del aliado de Alemania que sobrevivió al desastre de su Imperio, este otro fracaso de Kíef. Pilsudski, callado y sombrío, acecha el momento oportuno.

A la sazón, era el momento de otros hombres. En aquel concurso de políticos, de juristas, de soldados que esgrimían las armas de su entendimiento y de su ideal nacionalista en la faena de estructurar un Estado civil, Pilsudski pintaba muy poco. El se creía llamado a tener que pintarlo todo y suponía que todos estaban llamados a dejarse pintar por él.

Y en servicio, no de la independencia de Polonia, que ya era un hecho, sino de la sumisión de Polonia a su personalísima voluntad, volvió a las conspiraciones que cristalizaron en un triunfo sangriento, con el apoyo civil de los socialistas, en el mes de mayo de 1926. Pilsudski marchó con sus legiones sobre Varsovia. El Ejército regular defendió la causa del Estado constituido. Se combatió en las calles de Varsovia, bombardeadas durante dos días feroces. Hubo en la lucha, breve pero intensa, dos mil muertos. El Gobierno capituló. Pilsudski, del brazo del socialismo, al que traicionaría luego, y amparado por sus históricas legiones, erigióse en amo y señor de su patria.

Enquistó en el Ejército nacional a sus leales de las viejas sociedades gimnásticas. A estos militares, entre otros privilegios, se les abona doble su servicio en filas y es claro que ocupan los puestos más eminentes. A generales de claro origen militar, de brillante historia guerrera, como Haller y Sikorski, defensores de Varsovia el año 1920 contra la irrupción bolchevique que Pilsudski desató, los pasa a la reserva. A otros generales, como Zagorski, que se alza contra el que reputa de saltador, le suprime. ¿Pero de qué noble manera?

La extraña condena del general Zagorski

Zagorski era quizá el general más joven del Ejército polaco. En los días del golpe de Estado, Zagorski era jefe de los servicios de Aviación. Como tal había volado de Varsovia a Madrid. Quizá algunos pilotos españoles lo recuerden. Zagorski, por los servicios prestados a la renaciente República, constituía uno de los más altos prestigios del Ejército; en el pueblo se le amaba como a uno de sus héroes. Resumiéndose en este militar

brillante la emoción civil de la nación asaltada por Pilsudski, Zagorski se negó a reconocerlo, le llamó usurpador. Pilsudski lo mandó preso a un castillo de Wilno.

Lo tuvo encerrado un año. Pero el encierro no se podía prolongar indefinidamente. Había que fallar su causa. Era necesario legalizar la condena. Y se anunció oficialmente que Zagorski iba a ser conducido a Varsovia para responder de su proceso.

En efecto, le sacaron de su prisión. Escortado por militares lo llevan al tren. La gente ve a Zagorski que monta en el tren, que lo conducen a Varsovia.

La Prensa polaca anuncia la conducción del famoso aviador. Llegó éste a Varsovia. La gente lo ve descender del vagón. Escortado por unos militares monta en un automóvil del Ejército. La gente ve al preso, fuertemente custodiado, cruzar las calles de Varsovia.

La Prensa informa: «Zagorski, en Varsovia. Ha sido traído para depone en un sumario.»

Y ya no se ha vuelto a saber nada más del general Zagorski.

¿En qué causa declaró? ¿Ante qué juzgado? ¿A qué prisión fué conducido?

Nada. No se ha vuelto a saber nada del joven general.

Transcurridos unos meses de su desaparición, una sobrina de Zagorski solicitó, reiteradas veces, ser recibida por el presidente de la República. Aspiraba a que el jefe supremo del Estado le dijese qué había sido del preso. El jefe del Estado se negó a recibirla.

Todo Polonia con un escondido terror en la conciencia, pregunta al mariscal Pilsudski: «¿Qué has hecho de Zagorski?»

Los clásicos procedimientos redentores de las dictaduras.

El Gobierno de Pilsudski, cimentado en la fuerza del Ejército creado por él, no podía afrontar, sin quebrarse, la fiscalización del Parlamento. Sin embargo, no pensó en su clausura. Convenía mantener abierto el Sejm. Las apariencias legalistas lo exigían; y como no contara con mayoría parlamentaria, dedicóse a ganarla en las personas de los diputados y de los jefes de las minorías adversas.

Unas elecciones.

Necesitado de un Parlamento a la medida, convocó las elecciones recientes, cuya pureza gubernamental ha trascendido a la Prensa del mundo. Lo interesante del procedimiento electoral es que dos meses antes de las elecciones apresó a sus más eminentes contradictores.

Ayuntamiento de Madrid

Korfanty, insigne político que organizó en Silesia el plebiscito que valió a la soberanía de Polonia la posesión de aquella zona riquísima; Witos, líder del partido populista, tres veces ex presidente del Consejo de ministros; Lieberman, socialista y consejero de Estado, y con estos varios significados políticos, ex ministros algunos, ex diputados y ex senadores todos, fueron conducidos a Brzesc, fortaleza militar cerca de Rusia Blanca.

Con todo, Pilsudski sólo logró la incondicionalidad de una mayoría exigua.

Las Universidades de Polonia protestan. — El régimen dicen constituye una vergüenza y una deshonra.

Hechas las elecciones, Pilsudski convaleciente en la isla de Madera, se van poniendo en claro los secretos del mecanismo de aquéllas. Y todo Polonia ha levantado patéticos clamores de protesta contra el despotismo de Pilsudski.

Toda la juventud escolar reclama del país una reparación de las afrentas inferidas al Derecho; las Universidades del país, secundando a las de Varsovia, de Cracovia, de Poznań, con sus claustros unánimes en la reprimación, denuncian indignadas el atropello flagrante, la agresión inaudita. Es—afirman en un documento conmovedor—«una vergüenza y una deshonra».

La Escuela Politécnica de Varsovia, los Colegios privados, con sus profesores y sus niños; veinte mil mujeres de Silesia, el pueblo entero, en suma, eleva su clamor al Poder y le dice que su conducta es impropia de una nación civilizada.

Polonia, fuerte y melancólica, espera, espera todavía.

En síntesis, Pilsudski encarna el dictador típico de la presente dolencia del mundo.

Pilsudski, ministro de la Guerra, es el ministro universal.

Los Korfanty, los Witos, los Lieberman, los Román Domowski—este es el único gran estadista de Polonia—, contemplan fuertes el desgaste de Pilsudski. Melancólicamente presencian y sufren todos los estragos. Pero educados en el centenario dolor de esperar, acendrando su patriotismo y su fe, esperan todavía... Por patriotismo hay que esperar, hay que evitar una violencia interna, una probable guerra civil. Polonia, apenas resucitada, tiene que demostrar a sus poderosos enemigos que la cercan y la vigilan, que en su nación imperan la Libertad y la Justicia. Si demostrasen que era la anarquía, los enemigos se apresurarían a entrar en Polonia para poner orden.

CARTAS DE BERLIN

ESCRITORES ALEMANES: EGON ERWIN KISCH

por F. FERNANDEZ ARMESTO

Precedentes para el conocimiento de Kisch.

Egon Erwin Kisch nació en Praga, el 29 de abril de 1885, en una casa burguesa de la parte vieja de la ciudad, a la sombra del Rachini, en el mismo sitio donde, dos siglos antes, había comenzado la «Guerra de los treinta años» contra el poder del Kaiser. En esa casa vivían los Kisch desde varias generaciones, tal vez desde tantas generaciones que el germen de la «Guerra de los treinta años» latiera allí conservado como un retrato por la tradición familiar. Kisch y sus cuatro hermanos son futbolistas. Cinco faroles de audaz arrogancia en la Praga provinciana y renaciente.

A los diecisiete años, con su diploma de bachiller ornamentando la burguesa sala de la burguesa casa de los Kisch, Egon Erwin publica un libro de versos líricos. Era lo que hacían entonces todos los jóvenes de buena familia en el Imperio austro-húngaro, lo que hacía René-María, el hijo del doctor Rilke; lo que hacía Max, el hijo del director Brod, o Franz, el hijo del señor fabricante Werfel. Después una novela «para leer en las estaciones». Por fin, Kisch llega a ser algo, llega a ser soldado.

Un año en el cuartel, unido por oscuros eslabones de arrestos, con alguna intermitencia escalofriante de la luz plateada del Moldeau. En las húmedas tinieblas del calabozo, Kisch descubre el mundo. El Globo, que los astrónomos dicen que tiene la figura de una naranja, que pintan los geógrafos en alegres colores, disolviéndose en el azul sedante del mar, que entraña tripas de riqueza según los geólogos, tiene todavía su símbolo humano en el calabozo. ¿Las ciencias son rutilantes, nuevas y optimistas, la Humanidad es vieja, pesimista y sórdida? El caso es que Kisch descubrió en la oscuridad del calabozo el mundo, y se descubrió a sí mismo. Allí entró en contacto—el tacto es el sentido vivo del dolor y la alegría—con jóvenes proletarios que, como a él, arrojaba al calabozo la ira y el desprecio de la oficialidad, con vagabundos y pillos, soldados voluntarios, a quienes a su vez el desprecio del mundo había arrojado al cuartel. Dentro de un pequeño calabozo cabía todo el sistema de relaciones universales, relevante y definitivo sobre la oscuridad.

Estos hombres sometidos al peso del «orden social» «es lo único de cuartel que me ha dejado un recuerdo agradable», dice Kisch en su gran libro *Aventeuier in Prag*. Pero no sólo le han dejado un recuerdo agradable, sino el recuerdo de su vida, de la propia vida de Kisch. He ahí lo difícil de conseguir para un hombre que nace de la clase media, petrificada y standardizada: recordar que vive.



Egon Erwin Kisch, en una de sus actitudes polémicas más características: escucha al enemigo para lanzarse sobre él.

Después, estudios en la Escuela de Ingenieros, que ha de ahorcar pronto, simultaneados con trabajos periodísticos. Escribe la referencia de conferencias y el folletón literario en el *Prager Tagblatt*. Iba camino de conquistar un nombre en el mundillo literario. El mundillo literario era un círculo vicioso que existía, en algunos pueblos europeos, en el cual se sostenía la literatura narcisista y hueca de antes de la guerra; allí, mordiéndose la cola unos a los otros, danzaban lúbricas danzas aquellos amos de la inteligencia doméstica, de los que quedan todavía en España ejemplos, como el del señor Benavente. Cuando, por 1913, se le revela la fetidez del mundillo en que estaba a punto de ser encasillado, como en un libro de

defunciones. Para desinfectarse entra de reportero de sucesos en otro periódico, asistido por el escándalo de los amigos. Va a la Policía, al Ayuntamiento, al Juzgado, a la caza de noticias todos los días. Reanuda sus relaciones de la prisión militar. La vida de Kisch se enlaza, por la fuerza del ansia de comprender al hombre por sí mismo, con la vida de todos los perseguidos, desde los delincuentes sociales, que el gran Imperio sabía ordeñar de vitalidad, hasta el birlador de bolsillos, pasando por la prostituta. Duerme en los asilos. Come en las cocinas económicas.

La estrella de Kisch comienza a titilar débil pero fijamente: está animada por la llama de la injusticia social.

Su pluma, en contacto directo con las cosas, saturada de la verdad original, adquiere una fuerza que la convierte en la pluma más dura de Alemania. El Imperio austro-húngaro, que policíacamente no era tan tonto como parecía, se dió cuenta en seguida de que por la esquina de Kisch amanecía un peligro de lesa verdad. Contra la verdad el Imperio tenía las cárceles. A los veinticinco años, el joven Egon Erwin Kisch, «el hijo de la señora Kisch», era el hombre más popular de Praga.

En 1913 llega a Berlín. En Berlín publica en seguida una novela, formidablemente documentada, sobre los asilos de muchachas. El inmenso éxito es cercenado por la declaración de guerra. Va a la guerra como soldado. Escribe desde el frente para periódicos, pero la censura no deja que sea publicada ni una sola de sus líneas. Lo que en la guerra ha escrito aparece en 1928 en un tomo *Schreib das auf Kisch*, formando el mejor libro sobre la guerra que apareció hasta hoy.

Al terminarse la conflagración europea va a Viena. Toma parte en la huelga de enero, que destruyó el Imperio. Es elegido comandante de las tropas rojas. Había sido él quien dió el primer grito de lucha contra el Kaiser. Y es él, ahora, quien continúa al frente de la lucha por la República socialista austro-alemana. La revolución es vencida y dominada por la traición de los socialistas. Kisch vuelve de nuevo a Berlín.

Años de lucha de escritor. Viajes, viajes. Por el canal de Panamá, en un

barco de carga. Moscú, Filadelfia, París, Hollywood, Nueva York, Londres. Libros: *Der Spionagefall des Generalstabschefs Rede*, *Die Gestohlene Stadt*, *Die Himmelfahrt der Galgentont*. Las tres obras son reportajes teatrales sobre temas vivos y palpitantes, que desencadenaron las primeras tempestades en el cielo nublado del teatro de Alemania. *Der Spionagefall des Generalstabschefs Rede* (El caso del espionaje del jefe del Estado Mayor Rede), que se representa todavía hoy en Berlín, descubre las causas y circunstancias del suicidio del jefe del Estado Mayor austriaco Rede, en 1913, suceso comentadísimo y rodeado de secretos, en el que se encerraba la corrupción del ejército austriaco al comenzar la guerra. Más libros. Los cinco libros famosos de los que se repiten incensantes tiradas, que han unido por un mismo sentimiento al proletariado alemán: *Hetzjagd durch die Zeit*, *Zaren*, *Popen*, *Bolchewiken*, *Wagnisse in aller Welt*, *Der Rasender Reporter* y *Paradies Amerika*.

Contorno de su obra.

Así puede señalarse la vida apurada de Egon Kisch, guiada por un ideal inflexible y asistida en cada instante por el hecho, por la cosa en sí misma. Kisch cerca de los hombres con los ojos puestos en los hechos, consigue arrancarle a la blancura del papel la emoción inaudita y original.

Estudia los clásicos griegos y latinos, estudia la literatura clásica europea. Zola, Zola y Zola. Pero, ¿eso para qué? ¿Para ser erudito? ¿Para poder reforzar los juicios propios con los de los demás? No; ser erudito de libros no vale la pena, porque el mundo dice en uno cualquiera de sus instantes mucho más que dicen con todas las bibliotecas juntas. No hay juicio como el que hablan las mismas cosas. ¿Para adquirir maestría en el modo de decir? Ni siquiera para adquirir maestría. Para formarse aptitud. Para eso es para lo único que le sirve la literatura a Kisch, para lo demás tiene los ojos.

Hay que hablar sobre las cosas y los hechos en sí, clara, sencilla, elocuentemente, diciendo cómo son y cómo están, sin patetismos. Como muere en la calle una mujer, con trapos por vestidos, de hambre; como es machacado en la mina el cuerpo del minero por la avaricia del explotador. Cifrándose al hecho y extrayéndole toda su verdad, sin apelar a resortes desacreditados de humanismo, injusticia, dolor, etc., etc., etc. Estos resortes los creó la literatura burguesa como un mullido en el que pudiera atrofiarse de gusto la sensibilidad de la

burguesía. La actitud auténticamente literaria no es la de plañir, ni lamentarse del mundo, ni siquiera la de denunciarle; ¿denunciar el mundo a quién? ¿Al guardia de la porra quizá? En cuanto se denuncia, la afirmación pierde fuerza. Este es el secreto contra el que se ha roto, infecundamente, la crisma toda la literatura social anterior a nuestra época. Y este es el secreto de la potencia que ofrece la nueva literatura rusa, la cual, actuando sobre un régimen victorioso, y a su corriente, perdió el sonsonete de plañidera para adquirir un aire épico y revelador.



Egon Erwin Kisch, ejemplo de escritor y luchador, subiendo al tranvía en Berlín.

No es una casualidad que sean John Reed, Upton Sinclair, Larissa Reissner, Arthur Holitscher, Henri Barbusse y Egon Erwin Kisch afectos a la extrema izquierda revolucionaria los conductores de este movimiento hacia una nueva interpretación literaria en la que la cosa ocupe el primer puesto, el objeto hable en yo y en cambio que los socialistas evolucionistas no tengan en sus filas ni uno sólo de los detentadores de la nueva literatura. La tragedia del socialismo es que tampoco los tiene de la vieja.

Al mismo tiempo que este nuevo sentido de la literatura surgía en las «juventudes puras» que formaron las vanguardias literarias de todos los países en el río revuelto de después de la guerra, lo que se llamó en Alemania *neu-sachlichkeit* (nueva realidad pudiera traducirse). Esta nueva realidad ha desaparecido en seguida del mercado, mientras la realidad sin adjetivos es ya también la Literatura, sin adjetivos y con mayúscula.



Kisch, de cuerpo entero.

En las reuniones y discusiones literarias donde hay que defender al proletariado, o sangrar la injusticia, allí está Kisch con su palabra centelleante alerta como un rayo, allí está donde se reúnen mil obreros para hacer una afirmación, en los tumultos de los teatros, en las manifestaciones públicas, en las cátedras rigurosas de las escuelas marxistas. No se puede dar un paso por el ámbito de la reivindicación proletaria de Berlín sin tropezarse con la figura cuadrada de Kisch, abiertos los brazos retadoramente en la actitud característica de su oratoria ágil, mordaz y atacante como hoja de acero. Se le llama el Rasender Reporter—título de uno de sus libros—, lo que quiere decir, a un tiempo, reportero furioso, ve oz, y que tiene mucho temperamento. ¡Bendita concisión de las palabras alemanas! Entre los que trabajaron y sufren es Kisch el escritor más popular de Alemania.

Me había encontrado a Kisch casi en cada esquina de mi vida alemana. Sus amigos son amigos míos. A veces en alguna reunión nuestras palabras habían chocado sobre las cabezas. Pero nunca le hablara directamente: un mitin en *Gesundbrunnen*, allá al otro lado de la ciudad, en el Berlín de los trabajadores, con sus casas color marrón, sin balcones, y los edificios grises, alumbrados escandalosamente, de los grandes magazines, más allá de la Alexander Platz. Un mundo pesado y silencioso donde no se oye el canto de las criadas ni hay más ritmo que el de las pisadas de los zapatones obreros a las ocho de la mañana y a las cinco de la tarde, en punto. En ese instante final del mitin, en que Kisch es asaltado por los que quieren que le firme sus libros, me hago paso ante él. Buscar entre la gente conocida que va y viene alguien que me presente sería ridículo; los convencionalismos huyen de aquí como el diablo de la cruz. Tiendo mi mano y digo mi nombre.

—Precisamente, quiero hablarle. Llámeme mañana por teléfono.

Cómo y dónde vive.

La calle de la Guntznebstrasse, donde vive Kisch, está en Wilmersdorf. Por aquí vive Brentano, y allá, sobre los tejados, hacia el campo, donde las casas comienzan a esquematizarse, vive Renn. La Wilmersdorf es un barrio de transición; por él se comunican la vieja ciudad, hecha de ideas complicadas, y Schöenberg, el barrio hecho con una escuadra y un compás.

La habitación de trabajo de Egon Erwin Kisch ocupa una de estas esquinas de las casas alemanas que se adelantan sobre la calle como proas.

Desde el balcón, frente al que escribe Kisch, se divisa un panorama también de esquinas, en juego rauda, a las que vienen a concurrir, pesadas y serenas, las casas de cemento de Wilmersdorf, con sus inmensos balcones cuadrados y sus inmensos miradores barroco sin adornos, barroco en lo que el barroco tiene de acervo vital—. No sé por qué me parece este panorama de esquinas en repetición de ángulos cinematográficos, apoyándose en las líneas exuberantes de las casas, una fotografía de la obra de Kisch, una de estas fotografías maravillosas—que hacen los nuevos fotógrafos—hijas del «cine».

La habitación de Kisch tiene alma y cuerpo, es una gran pieza en la que el ánimo no deja sitio al orden. Para la criada de esta habitación es algo así como la jaula de los forajidos. Le abre a uno la puerta, y sin más lo lanza allí con aire de quien lanza carne a los leones. En la habitación de Kisch, hay mesas, muchas mesas: tantas como montones de Revistas, además de una para la cafetera. Hay la biblioteca más grande del mundo de procesos sociales, en todos los idiomas (de España, solamente tres folletos, sobre el proceso Ferrer). Kisch ha querido acumular las pruebas fehacientes de todos los crímenes con que los poderosos han hecho expurgar sus ideas a los débiles. ¿Cuántos son? Kisch tiene la estadística. Llenan una inmensa estantería. Una estantería bajo cuyos lomos negros se ven miles de birretes presidenciales dejando correr a sus pies regueros de sangre. El orden. Esta biblioteca le da fuerza trágica al desorden del cuarto.

He estado va varias veces en casa de Kisch; allí hay siempre gente. Se entra sin avisar. Cada cinco minutos, la criada abre la puerta y arroja adentro, cogido por la piel del cuello, como a un perro, a un nuevo visitante. Rusos, checos, norteamericanos, austriacos, franceses, ingleses, polacos. Casi todo el mundo se tutea. Llega el que, con un bolsillo lleno de cuartillas, quiere protección ante el editor; llega el que, despedido de la fábrica, desea referir las injusticias que han cometido con él; llega el que no tiene pan; llega el perseguido por la Policía; llega el desahuciado por las autoridades.

El último día que estuve a ver a Kisch, cuando entré en la habitación no había más que dos muchachas; Kisch no estaba allí; eran dos muchachas fuertes y altas, vestían botas de polaina, de goma charolada y chaquetas de cuero como las de los trantes de Sanabria. Hablaban ruso. Me senté sobre un montón de Revistas. Cuando llegó Kisch, nos dijo: —¿No habéis entablado conocimien-

Librería y Editorial Madrid, S. A.

Arenal, 9.

Apartado 908

Esta Casa sirve a reembolso cuantas obras se la encarguen.

Pida catálogos y boletín trimestral.

to? Y nos presentó: —Dos compañeras que acaban de llegar esta misma mañana de Rusia. Unos hablan y discuten, otros leen Revistas, otros fuman y callan. Hay profesores y ex presidarios, Max Hoelz y niños. Los 4.000 libros sobre procesos sociales callan. Fräulein Gisl hace café.

Alguacil, alguacilado.

He querido hacerle una entrevista a Egon Erwin Kisch, pero he fallado siempre. Su hábito de introspeccionar en vez de ser introspeccionado le lleva intuitivamente a defenderse, rasgándole a uno la potencia atacante con la punta de su espada: —¿Y en España?, intercepta en seguida. Es un curioso sempiterno, quiere saberlo todo. Todo lo que está en el mundo, sólo por el hecho de que éste ya le interesa. Además Kisch—buena noticia—va a ir a España. A enfrentarse con esa trágica secularización que es

España: los mineros de Asturias y Andalucía, los campesinos andaluces, los pescadores gallegos, los limpiabotas y los golfos que en las grandes ciudades españolas viven en la intemperie de la sociedad, como los mozalbetes rusos, sin hogar, de después de la revolución.

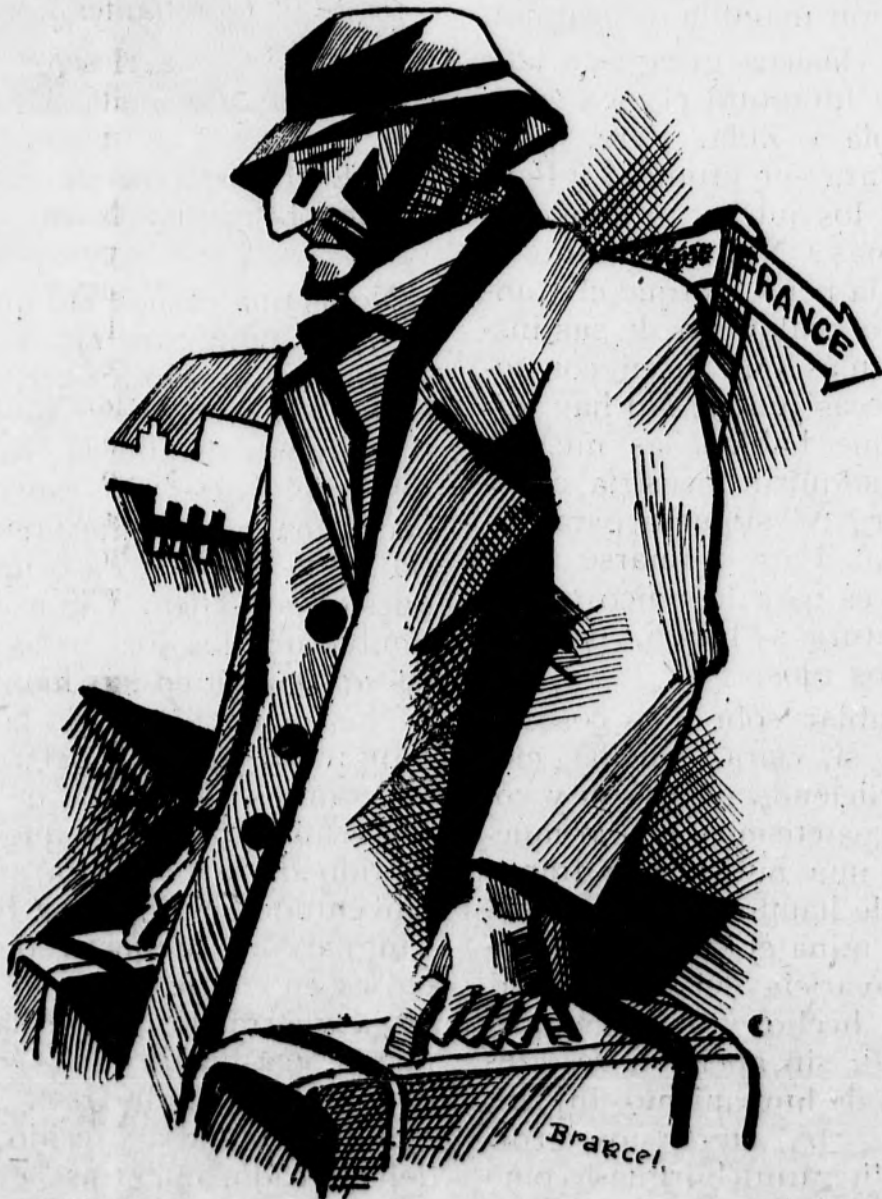
Kisch va a buscar la llaga de España.

Teoría en dos líneas y un ejemplo.

Frente al periodismo sensacionalista, huero y falaz, deformador de los hechos representado por aquel empresario de periódicos norteamericano que repetía siempre a sus redactores: «Si en la Quinta Avenida un perro muerde a un niño, eso no es una noticia; si en la Quinta Avenida un niño muerde a un perro, eso es una noticia», se levanta el periodismo humanista y justo, atento a las cosas y reformador de ellas. Cuyo prototipo se me antoja Egon Erwin Kisch.

Berlín, diciembre.

N. de la R.—En el próximo número publicaremos un reportaje inédito de Egon Erwin Kisch, que el gran escritor ha tenido la bondad de ofrecer a NUEVA ESPAÑA, sobre un hecho tan apasionante como el asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht.



El último viaje.

Ayuntamiento de Madrid

Visitas a Pablo Picasso

por ERNESTO
M.^A DETHOREY

Me he enterado de que ciertos intelectuales madrileños han enviado, o van a enviar, un mensaje a Picasso. Yo no soy ni intelectual ni madrileño, por tanto no he podido unir mi firma al mensaje. No obstante, considero un deber adherirme a la idea de este mensaje que supone un futuro homenaje español a la obra del pintor de nuestro tiempo por excelencia. Y mientras los otros teorizan sobre Picasso y su obra —¡trabajo tienen si quieren encerrarla en una fórmula!—, yo vengo a dedicarte estas notas sin trascendencia.—E. M. D.

Mi primera visita a Pablo Picasso fué una tarde, hace ahora tres años. La segunda, una mañana, hará pronto un año y medio. Hace unas semanas he leído en *Les Nouvelles Littéraires* estas líneas:

On fête le cinquantenaire de Guillaume Apollinaire, et on reparle une fois de plus de ce fameux monument que Picasso devait modeler et qui ne voit jamais le jour. Pourtant, naguère une souscription fut ouverte, une vente organisée... Ce serait le moment de s'en souvenir.

«Este sería el momento de acordarse... Palabras con valor de conjuro. De ellas ha surgido—como del sombrero maravilloso del prestidigitador—el recuerdo de mis dos visitas a Pablo Picasso.

Picasso vive en la rue La Boétie. La casa no es nueva, pero está situada en un punto céntrico de París, que es como decir: punto céntrico de Europa. Así su pintura irradia influencia por toda la periferia europea. Estrategia de campeón moderno. Piso cuarto, para no perderse la perspectiva cubista de París. Ascensor. Automóvil a la puerta.

Me acompañó Juan Junyer. Monsieur y Madame Picasso nos recibieron con mucha cortesía a la hora del te. Había otras visitas. Es decir, a juzgar por sus nombres, la categoría de las personas que había aquella

tarde en casa de Picasso era superior a lo que se entiende por «visitas». Recuerdo que había una dama—muy bella por cierto—: Madame Apollinaire. Casi dos años después vi otra vez a Madame Apollinaire. También recuerdo de aquella tarde en casa de Picasso, la cara enjuta y aceitunada de André Salmon.

Por lo que pude ver y oír, aquella reunión no era debida al azar. Se trataba de escoger, aquella tarde, entre los dibujos hechos por Picasso, el boceto del monumento para la tumba del poeta Guillaume Apollinaire. Los cuadernos, los álbumes de dibujos de Picasso circularon de mano en mano. Hasta llegaron a las mías...

Una mañana de junio, en París. Con Juan Junyer llamamos a la puerta. Hicimos pasar nuestra tarjeta. En el «hall» sólo tuve tiempo de echar una rápida ojeada a las paredes. (Cuando entro en casa de un pintor es lo primero que se me ocurre hacer.) El detalle más importante era un cuadro—no en muy buen estado, me pareció—de la época romántica de Picasso, de la época del claro-oscuro azulado («época azul», que dicen los críticos y marchantes).

Estábamos en el salón que conocía de mi primera visita. Pero, entonces, fué una tarde de noviembre. La claridad velada de la luz artificial, dejaba las paredes en la penumbra y sólo se destacaban las personas. Ahora, a la luz del día, el aspecto era diferente. Las paredes y los objetos que nos rodeaban habían recobrado su personalidad. Imponiéndose a todo lo demás, aparecía encima del sofá *El cuadro de las Naciones*, de Rousseau «le douanier». En la pared de enfrente, la chimenea de mármol blanco y encima de ella una luna veneciana. Sobre el

mármol de la chimenea, unas figurillas y entre ellas uno de los arlequines de Picasso en miniatura. A la izquierda de la chimenea, las ventanas. Y a la derecha, al lado del sofá, el biombo pintado por el mismo Picasso, ocultaba la puerta de acceso a las otras dependencias de la casa. En la pared de la derecha, por encima del biombo, aparecía un gran dibujo que parecía estar colocado allí provisionalmente. El dibujo: una cabeza de toro, estilizada, unas piernas... Las piernas llevaban corriendo la cabeza de toro, o la cabeza de toro llevaba las piernas...

Picasso apareció por detrás de su biombo.

De pronto, Picasso tuvo un impulso, un gesto que no suele prodigar. Nos hizo subir a su taller donde trabaja (todo el piso superior de la casa en donde él vive). Y nos enseñó todo lo que en el taller había. Picasso es un asceta. Su taller es un esquema de taller. Una celda espaciosa. Paredes desnudas. Pero sus obras lo llenan todo. Lo llenan todo de substancia pictórica. Nada de escenografía. Picasso nos enseñaba sus obras con gesto sobrio y aire recogido. Sin decir una palabra. Pero ¿queréis aún más elocuencia que la de su arte?

Yo había perdido la noción del tiempo, atento al espacio inconmensurable de la obra de Picasso. Madame Picasso subió al taller al ver que tardábamos tanto en bajar. Habíamos retrasado una hora la comida.

Del taller bajamos al salón. Señalé a Picasso el dibujo aquel: la cabeza de toro, estilizada, las piernas... Picasso me dijo que le entretenía mucho hacer estos dibujos—¡ah, español!—que no tienen ninguna relación técnica, recalcó, con las corridas de toros. Nos despedimos.

En la calle traté de poner orden en mis ideas. Me encontraba en París de paso. Acababa de llegar de Mallorca, camino de Suecia. Recuerdo que la obra de Picasso que más me impresionó aquel día fué un paisaje que estaba pintando. Un paisaje de París. Un paisaje gris-metálico. Actual. Una nueva poesía del paisaje. Representación de ese París metálico que tiene por símbolo la torre metálica de Eiffel. Yo acababa de llegar de Mallorca harto de paisaje y de paisajistas. Aquel paisaje de Picasso me reconcilió con el paisaje. Era una dignificación del paisaje.

Estocolmo, enero, 1931.

M. AGUILAR, EDITOR

MARQUÉS DE URQUIJO, 39

Apertado 8.011.—MADRID

Envía gratis su publicación mensual

“LEAMOS”

a las personas que la soliciten

EL GRECO Y GOYA

por JOSÉ DÍAZ FERNÁNDEZ

Hay dos artistas que por ser nuestros utilizaremos como punto de mira para situar la posición del arte moderno: el Greco y Goya. Ambos facilitan a la pintura actual dos calidades diferentes—calidades, no cualidades. A los dos se les puede considerar con absoluta fidelidad originales y revolucionarios. Los dos han sido incomprendidos por su tiempo y aun por los ciclos subsiguientes. Puede decirse que para que ambos quedasen con evidencia a nuestros ojos, fué preciso que bajase la gran marea de la historia y los recuperásemos, limpiándolos de las algas que había dejado sobre su obra la incompreensión del espectador y de la crítica. En muchos sentidos se han anticipado a nuestros días, cumpliendo la ley eterna del genio que es descubrir el futuro, preverlo.

Lo que preferentemente nos interesa para nuestro tema es fijar la caracterización social del arte de cada uno. En El Greco actúa, con su inmenso poder de concentración, de dominación, el medioevalismo, la sociedad organizada en bloque, unificada por una gran idea religiosa. Excuso decir que este concepto está al margen de toda cronología y es, sencillamente, una filiación libre del fenómeno histórico. El Greco trata sus temas a la manera gótica y bizantina, dando entrada a los elementos primitivos que no comprendía Felipe II, sumergido en la pintura flamenca e italiana de entonces. Cuando el Rey rechaza el «Martirio de San Mauricio», extiende al pintor cretense un pasaporte de inmortalidad, puesto que le culpa de no aceptar una expresión de época, un academicismo que existe en todos los grandes momentos para la pintura. El pintor académico es el que se enrola en un tipo de pintura común y no es capaz de dejar en el lienzo un modo peculiar de interpretación.

Lo maravilloso de El Greco es que supo fusionar naturalismo y espiritualismo con la plasticidad del color, el movimiento de las formas y la composición de las escenas. Como dice Waldo Frank, «El Greco proyecta un mundo que está más allá de los elementos dinámicos». No así Velázquez, que se concreta a un objetivismo estricto, muy moderno si se quiere, pero de menor alcance en las aspiraciones del arte. El Greco sirve a la sociedad de su tiempo, al Toledo católico y tradicional; pero su obra traspasa los límites conocidos entonces, porque su actitud ante la vida que le rodea es, sencillamente, personal. En él se adivina mejor que en nadie el culto de la forma pura. Espíritu profundamente religioso, estaba por en-

cima de los ritualismos católicos del medio donde pintaba y por eso su expresión tiene los clamores legendarios de los primeros cristianos. He aquí cómo un artista, sin desvincularse de la sociedad donde se produce sabe enaltecerle la conciencia, ponerla en contacto con pensamientos superiores. El misticismo de El Greco no se reduce a los asuntos que interpreta, sino que aparece en todos sus elementos expresivos. Su enlace con el expresionismo de hoy está en eso. Esta es la causa de que Cezanne, precursor del arte nuevo, admirase a El Greco más que a ningún pintor. El primitivismo bizantino y gótico del artista oriental, también lo siente Cezanne intensamente, puesto que retorna a las formas puras, primarias, y les da, con místico deliquio, una interpretación actual.

Obsérvese que más allá de lo anecdótico en El Greco, está lo esencial, lo abstracto. Lo anecdótico era la vida española del siglo; lo esencial es lo humano de todos los tiempos, la bestia y el ángel que se simbolizan en el espiritualismo y el naturalismo. Un espíritu tan idealista como el de El Greco tenía que resolver con temas religiosos ese problema específicamente humano. Pero lo que tratamos de señalar es cómo el temperamento del pintor extravasa las fórmulas en boga. En aquel instante, la sociedad era el Estado y el Estado era el Rey, que no sólo Luis XVI tuvo esa concepción del poder político. Los pintores estaban a servicio de ese poder personal y atávico. Y, sin embargo, un artista, por el prodigio de su temperamento, rompe la unidad social y se coloca a tres siglos de distancia. Pero siempre atendiendo al espectáculo de la vida circundante. Dice Mauricio Barrés que «El Greco no descubre su genio hasta que comienza a pintar a los nobles de Castilla». Y agrega que su camino artístico fué «expresar de una manera realista los espasmos de la vida del alma». «Delante del sublime modelo que le sobrecoge—dice también Barrés—, delante del alma castellana, El Greco olvida sus habilidades y se hace una retina nueva, una mano de niño, una conciencia de primitivo. En medio de una tendencia general al énfasis, un pensamiento desnudo se nos aparece. Un arte así pudiera parecernos un poco torpe y un poco inconsistente si no contase con su estado de espasmo para sorprendernos y para reanimarnos.»

En efecto, El Greco trabaja su obra como un moderno; conoce todas las fórmulas por lecciones de Tintoretto; pero las supera por cálculo que tiene

mucho de intelectual. Las supera, si se nos permiten las palabras, con frialdad y serenidad. Siendo un hombre de vida interior es un objetivista en el orden de la expresión. Ya veremos más adelante cómo este tributo es también el del artista actual.

El Greco representa, pues, la «personalidad» en el ámbito de una sociedad organizada alrededor de la idea de catolicismo. Goya, el otro ingenio, significa la «individualidad». Hasta Goya, la pintura está adscrita al organismo del Estado o de la nación y significa un matiz del concepto político. Dígase lo que se quiera, hasta Goya predomina el medioevalismo y los artistas e intelectuales, cuando no son nobles, son criados de los nobles, servidores de Reyes, cardenales o duques. La obra de arte está en realidad sometida a estos poderes dogmáticos. Es cierto que el brazo secular repartía prebendas y protegía las Artes; pero no es menos exacto que a éstas las regía el espíritu de tales *mecenas* para cuyo halago y esparcimiento creaban los artistas. El pintor de cámara era el puesto ambicionado por los artistas plásticos. Goya lo fué; pero deja de serlo en el momento en que su obra empieza a ser genial.

Es preciso consignar esto, de sobra sabido de todos, para fijar el alcance de la obra de Goya en relación con el arte de hoy. Goya es todo el siglo XIX, es el que anticipa el siglo XIX, el que lo intuye mejor que el enciclopedismo. Predominaba en su tiempo la tendencia clasicista del arte; él mismo fué discípulo de Mengs y pintor de cámara de Carlos IV. Pero así como Velázquez inscribió su pintura en el movimiento político de Felipe IV y creó un realismo que sólo se enriquece con la ironía, Goya forjó la gran libertad de la pintura, el enérgico individualismo del artista respecto a su tiempo. La «personalidad» de El Greco está con el pintor aragonés transformada en individualidad independiente, en sentido crítico. Goya desglosa la pintura de la burocracia política y la valoriza de nuevo, puesto que le concede autonomía social. Si la Revolución Francesa conquistó los «Derechos del hombre», Goya alcanzó los derechos del artista. Su modernidad radica en ese gesto vigoroso sin el cual no hubieran existido los conceptos fundamentales del arte nuevo. No nos importa para este razonamiento lo que hay de ética en su pintura, sino lo que hay de rebeldía contra los métodos acomodaticios del arte, lo que hay de afirmación humana en su obra. No es lo mismo pintar para una sociedad, que pintar una sociedad. Hasta Goya todos los pintores, incluso El Greco, habían ejecutado su obra con cierta sumisión al ambiente. Goya es espectador y protagonista de su tiempo, lo mismo que

uno de sus caracteres esenciales, ha pintado siempre como si la herencia greco-latina le fuera totalmente desconocida. El Greco ha ejecutado un «Laoconte»; Velázquez, una «Fragua de Vulcano»; ¿pero Goya? Se dirá que nos ha dejado «Saturno devorando sus hijos», etc.; pero nada es menos «antiguo» que esas telas, en que la fábula mitológica no es sino un pretexto que permite a la fantasía de tomar impulso. Goya, además, es demasiado apasionado para que la herencia de lo antiguo le satisfaga. El precisa la vida, la vida ardiente, con

todo lo que comporta de luchas. Esta gravedad, de la que Delacroix encuentra poco a poco el secreto, ¿cómo el alma violenta, intratable, de Goya, hubiera podido ser contenta con ello?

Donde Goya y Delacroix se encuentran en su gusto por la libertad de la técnica, en su odio por el dibujo de la línea tan querido de la escuela de David, en su pasión por la bella materia y el color. He citado el comentario de Goya sobre la pintura de David: «Líneas, pero no cuerpos». Abramos la «Correspondencia» de Dela-

croix. En carta dirigida a Arsene Houssaye, leemos lo siguiente: «La famosa Belleza, que los unos ven en la línea serpentina, los otros en la línea recta, se obstinan todos en no verla sino en las líneas. Yo estoy a mi ventana y veo un bello paisaje; la idea de una línea no viene a mi espíritu: la codorniz canta, la ribera refleja mil diamantes, el follaje murmura. ¿Dónde están las líneas que producen esas encantadoras sensaciones?» La relación de los dos textos me parece bastante significativa.

¡Basta!

Los cavernícolas y sus órganos rupestres en la Prensa continúan sus manejos para convertir al mejor diario de las izquierdas españolas en una gaceta de antecámara.

Pero esta vez les ha salido el tiro por la culata.

■ Cuando se aplica la serenidad donde no es preciso, no se sabe aplicarla donde es imprescindible.

LACORDAIRE

■ El Víctor Hugo de las «chufillas», don Rafael Alberti, continúa publicando inspiradas poesías en «Blanco y Negro» y «A B C».

Muy joven aún, el señor Alberti ha logrado colocarse a la cabeza de los poetas de su clase. No nos extrañan sus triunfos. Poseen sus versos un algo encantador que hiere las fibras más delicadas de nuestra sensibilidad.

■ —¡Basta! Aquí ya no juega nadie.
—Pero si no jugamos. Estábamos haciendo un solitario.
—Pues se acabó el solitario. He dicho que aquí ya no se juega.

■ Los ingleses en la India.

Viajaba un lord inglés con un criado indígena, por la vía férrea de Calcuta a Derhs. Descarriló el tren, y el amo fué a caer en un pozo a la orilla del camino. El criado vino a quedar a la orilla del convoy. Levantóse como pudo el amo sin cuidarse de las contusiones que había recibido:

—Conductor—gritó—: ¿podría decirme dónde está mi criado?

¡Ay milord! La locomotora ha dividido en dos pedazos al desgraciado.

—Entonces, hacedme el favor de ver en qué pedazo del criado se hallan mis llaves, contestó flemáticamente el insular.

■ A Sánchez Mazas—el gacetillero de «A B C»—le suele llamar Indalecio Prieto, Sánchez Yunque.

Porque dice que en Bilbao todos los golpes que se perdían iban a parar al rostro del referido Sánchez.

■ La sociedad moderna, la sociedad burguesa, nacida del derrumbamiento de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clases. No ha

hecho más que sustituir con nuevas clases, con nuevas maneras de opresión, con nuevas formas de lucha, las que en otro tiempo existían.

■ En el Ministerio de la Gobernación han empezado ya los preparativos electorales.

■ «El Patio de Monipodio».

He aquí una buena pieza literaria que debería reeditar, para ilustración del público, el P. N. del Turismo.

■ La temperatura sigue apretando de firme. Bajo cero o sobre cero, la cuestión es que la temperatura apriete. Y que se rompa el termómetro.



¡Ha entrado un turista!

ESTUDIANTES

NOTAS DE UN ESTUDIANTE

Dentro de ciertos límites, el ambiente nos forma. Y nuestro ambiente nos procura una formación intensamente individualista. Por esto, nuestra sociedad es una agrupación de individuos, efecto de fuerzas repulsivas. Estas fuerzas actúan reuniendo o yuxtaponiendo, porque están cerradas en todas direcciones por el muro de las condiciones vitales del hombre; pero es tan magnífico su desarrollo, que ya producen grietas temibles en aquel muro y urge, por consiguiente, una solución.

Una solución que no es total, radical, no debe llamarse solución: es un camante.

Se necesita, pues, una solución radical, profunda.

Indudablemente, se trata de vencer el individualismo.

Las palabras, que son instrumento precioso en manos de quien sabe manejarlas, resultan peligrosas cuando las maneja un espíritu ajeno a las vivencias que cada una entraña.

Por esto se oye que la lucha al individualismo es lucha a la realización libre de la persona. Sin embargo, no me detendré a refutarlo, porque es evidente que la barrera mayor que se encuentra para manifestarse libremente es el individualismo de los demás.

Son pocos los hombres que presentan viva repulsa a un vivir sin sentido, y se imponen, en general, un fin noble de acuerdo con su moral. Entre éstos, la mayoría ha fracasado; pero algunos emprendieron caminos que les han de conducir a resultados aún alejados temporalmente. Son estos últimos los que han enfocado con el dardo de su atención a la juventud. Han comprendido que el sitio donde su trabajo puede ser más eficaz está, por motivos biológicos, entre los jóvenes.

En España se necesita, en todas direcciones, un remozamiento espiritual. Los hombres maduros de conciencia más despierta y limpia, tienen puestas sus ilusiones en la juventud. Y en este sentido han dirigido su actividad; pero no han de creer realizada su labor ante las primeras reacciones favorables a sus ideas. Aún queda mucho camino por recorrer.

Puede parecer presunción que un joven hable como yo lo hago; pero quienes deseo que me oigan no lo pensarán así.

Ahora es el momento de que estos hombres de afanes más nobles lleguen al cenit de su actividad en el aspecto de que me ocupo. Ahora deben entrar en contacto inmediato con las masas juveniles, de un modo decidido, sin velos.

Nuestra educación y estado total de cosas nos imprimen una desconfianza grande hacia los demás. Y ahora es el momento oportuno para que algunos hombres consigan disiparla y encauzar las masas juveniles hacia am-

plios horizontes ideológicos y hacia actuaciones eficaces y, por ende, casi unánimes, de acuerdo con los ideales comunes.

Pero no han de hacerse ilusiones, que antes de depositarles su confianza la juventud ha de ver en ellos las pruebas, las garantías necesarias para un hecho de tal trascendencia.

La actividad estudiantil es el índice de todos estos procesos espirituales; pero no ha de ser considerada exclusivamente.

El tiempo nos dirá si la efervescencia espiritual del momento es un hecho esporádico u obedece a una ley orientadora de los destinos de nuestro país, por tanto tiempo oscurecidos.

J. N.

Actividad estudiantil internacional

La Internacional de Student Service prepara para el próximo septiembre su Congreso anual, que se celebrará en los Estados Unidos. A él asistirán estudiantes de todos los países, de todas las razas, de todas las religiones. Es, pues, la más amplia y universal de todas las asambleas posibles, gran ejemplo que la burguesía pacifista e intelectual debe mirar.

La U. F. E. H. ha recibido invitación para asistir a este gran certamen, en el que habrán de desarrollarse los siguientes temas, cuyo contenido y esencia llevan una significación que sería de gran interés desentrañar:

«Bases de la civilización europea y de la americana», «Concepción de la Universidad en Europa y en América», «Misión de los intelectuales en la transformación del orden social y económico», «Civismo y política en la

Universidad», «Los estudiantes y el problema social».

Como claramente advertirá el lector, todos ellos—excepto el enunciado en segundo lugar—rebasan la esfera puramente profesional del estudiante; por el contrario, se dibuja un agudo afán de volver a tender los puentes entre el adusto castillo universitario y la vida que le rodea y nutre, pero de la cual le había separado el frío de la indiferencia.

Decididamente entra en declive la época de «las purezas», del arte puro, del intelectual puro, del puro profesional, del estudiante que no es más que estudiante. Y no es que se haya perdido la preciosa conquista que esta época de amor a los límites nos trajo, más bien diríamos que esta corriente de limitación y exclusivismo dentro de la propia función, este pulcro cuidado de no extravasarse del singular universo de cada uno.

Pero el hecho, insólito por lo olvidado, está ahí y asoma su faz de doble aspecto entre las alamedas del porvenir. Y el hecho es este: para ser fiel y plenamente estudiante, como para ser fiel y plenamente intelectual, es obvio, se precisa ser algo más, después de serlo por completo. Los uni-

**ESTE NUMERO HA
SIDO VISADO POR LA
CENSURA MILITAR**

versos, particulares de cada individuo, de cada profesión, devienen, llevan por sí mismos a otras esferas o universos con los que se unen en múltiples conexiones. En la hora actual del mundo nada puede existir aislado, a riesgo de convertirse en estatua de sal, en ruina arqueológica. En la hora actual del mundo no tienen sentido los Robinsones.

Y el estudiante—vanguardia de la juventud—no había de ser una excepción, sino antes al contrario una avanzada y su elasticidad de cuerpo joven le tenía que llevar a moldearse más rápidamente que ningún otro sobre esta exigencia del presente.

No es, pues, que haga el estudiante

actual renuncia a su puro profesionalismo, sino que para cumplirle fielmente y hasta el fin ha de enraizarse de nuevo en la vida. Hay que volver a encontrar la propia raíz, vivir del jugo que asciende de la ingenua y fecunda tierra para dar flores, si se quiere, de la más pura geometría. El estudiante está en la Universidad y la Universidad en la vida. La vida es hoy más que nunca pavorosamente problemática y allá a lo lejos, magnífica de esperanzas. El estudiante se apresta a salvar con valiente lealtad este túnel del problema de los problemas para ganar más tarde el aire puro—para él, para todos—a cielo descubierto.

Conferencia suspendida.

Ha sido suspendida, por indicación del rector, la Conferencia de don Pedro de Répide, sobre su reciente viaje a Rusia, organizada por la Asociación de Filosofía y Letras.

Congreso clausurado

Lo ha sido el Congreso de estudiantes hispanoamericanos, celebrado en Méjico durante el último mes de diciembre.

De los compañeros enviados por la F. U. E. han prolongado algunos su estancia para dedicarse a diversos estudios.



JOAQUÍN ARDERIUS.—*El comedor de la pensión Venecia*.—Cinco pesetas. Editorial Zeus.—Madrid.

Coincidencias inexplicables, o, mejor dicho, inexplicables en esta ocasión, después de leer «El nuevo romanticismo», de Díaz Fernández, abrimos la novela de Joaquín Arderius, «El comedor de la pensión Venecia». Y al tiempo que las páginas iban cayendo en nuestra lectura, recordábamos el ensayo de Díaz Fernández, como si hubiéramos hallado un ejemplo vivo de cómo debe ser la literatura de avanzada.

«El comedor de la pensión Venecia», es la novela de un escritor que lleva en su temperamento la fuerza creadora de arte social. Vive en esta novela la rebeldía de un hombre que, por ser demasiado humano, maneja el látigo de la frase viril contra las injusticias que han hecho de la vida una pista de circo, en la cual el que hace reír no es más que una prolongación de los espectadores. «El comedor de la pensión Venecia» es una novela fuerte, de pasiones vigorosas, en la que la lucha logra acentos de extraordinario relieve trágico. Tiene además la claridad expositiva de las ideas que su autor pone en la rebeldía de sus personajes, ideas y conceptos sociales, que viven más allá de nosotros mismos y dan al arte su verdadera inquietud.

Toda la novela de Arderius es la explosión literaria de un gran temperamento que al seleccionar sus personajes para situarlos en la pensión Venecia los ha dado una vida anormal porque precisamente en esta irregularidad de psicologías es donde la fuerza creadora imprime

me a seres y cosas los matices modernos de algo fatal e irremediable que los eleva a la categoría de símbolos.

ISAAC PACHECO

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

NUEVA ESPAÑA estima un deber de justicia llevar a conocimiento del país, por medio de sus páginas, los atropellos perpetrados por la Dictadura y sus secuaces en el «ciudadano desconocido».

NUEVA ESPAÑA cuenta ya con una buena porción de historias breves y fotografías de los que han padecido toda clase de ultrajes durante estos siete años inicuos y ha comenzado a publicar, y así seguirá haciendolo, el

VICTIMARIO DE LA DICTADURA

para cuya sección agradeceremos a los interesados nos envíen su fotografía y una breve nota—indubitadamente verídica—que, con mucho gusto, insertaremos en estas columnas.

PEDRO DE RÉPIDE.—*La Rusia de ahora*.—5 pesetas. — Renacimiento.—Madrid, 1931.

Un reflejo veraz y sereno de lo que realmente es la Rusia de nuestros días, nos muestra el admirable escritor Pedro de Répide con su último libro. En él vamos siguiendo paso a paso toda la ruta del viajero cuya rica sensibilidad recoge el espectáculo ruso con sus hombres, sus ideas, sus costumbres y sus paisajes, bien distintos a los que quieren presentarnos muchos escritores burgueses que han ido al país de los soviets dispuestos a cerrar los ojos a cuantos progresos se manifiestan en él y sólo se apresuran a destacar cuanto de inevitablemente defectuoso existe en una nación recién salida de una enorme crisis revolucionaria.

Répide pasa revista a la vida entera del pueblo ruso: sus museos, fábricas, escuelas, sanatorios, arquitectura; conceptos nuevos del amor, del trabajo, de la religión, de la autoridad, etc., etc. Así, puede exclamar el escritor al cruzar en regreso la frontera ruso-polaca: «¿Vuelvo hacia otra época o hacia otro planeta?» Ciertamente, el regreso a la Europa occidental tiene que parecer duro contraste a quien ha vivido durante algún tiempo en la atmósfera donde se realiza, día por día, hora por hora, el experimento político y social más trascendental de nuestro tiempo.

La prosa vivaz y elegante de nuestro novelista prestan al libro ese encanto singular que el autor de «Del Rastro a Maravillas», «El maleficio de la U» y otras narraciones admirables, acostumbra a poner en toda su obra literaria.

L. R.

A NUESTROS AMIGOS. A NUESTROS LECTORES

NUEVA ESPAÑA está realizando un esfuerzo gigantesco para conseguir el lugar que, lógicamente, le corresponde ocupar.

NUEVA ESPAÑA debe llegar a ser el primer semanario de su clase en nuestro país. Los que le hacemos, no le regateamos esfuerzo alguno, alentados por el éxito creciente que nuestra revista viene alcanzando. Y llegaremos a la meta del éxito tanto más pronto cuanto más eficaz sea el concurso que cuantos leen NUEVA ESPAÑA y simpatizan con sus postulados.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.

de profesión que vive en

provincia de calle

AÑO

Es, pues, preciso el apoyo decidido de los amigos y simpatizantes de NUEVA ESPAÑA. Y la manera más inmediata y práctica de ayudarnos será remitiéndonos las líneas que abajo insertamos, llenas de nombres de amigos que sean susceptibles de ser nuestros suscriptores.

Con sólo **2 céntimos** de gasto y una pequeña molestia, pueden nuestros amigos coadyuvar prácticamente al éxito de **NUEVA ESPAÑA**.

Semestre, 6 pesetas. Año, 12 pesetas.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D.

de profesión que vive en

provincia de calle

núm. piso se suscribe por un AÑO SEMESTRE a la revis-

ta "NUEVA ESPAÑA" emite por giro postal, núm.

la cantidad de $\frac{DOCE}{SEIS}$ pesetas, importe de la referida suscripción.

FIRMA

**No se dará por válida ninguna suscripción que no venga acompañada de su importe total.
Es muy conveniente llenar este Boleín a máquina.**

LISTA DE AMIGOS SUSCEPTIBLES DE SER SUSCRIPTORES DE "NUEVA ESPAÑA"

[illegible]

**Franquear con un sello
de 2 céntimos.**

Lista remitida por D.

residente en **calle****Provincia de**

A recortar y remitir a la Administración de NUEVA ESPAÑA
39, calle de Tudescos, 41 - MADRID - Apartado 555